

1. ¿QUÉ ES LA CIENCIA?

¿Qué es la ciencia? ¿Cuándo algo es considerado científico? ¿Cómo sabemos si una afirmación cualquiera está siendo respaldada por la ciencia?

Responder a estas preguntas de una manera categórica es siempre muy difícil, y es seguro que se trata de una empresa imposible. La filosofía, que es la disciplina que estudia estos y otros problemas semejantes sobre la percepción que tenemos de la realidad, nos dice que lo que llamamos “ciencia” solo es el consenso más o menos mayoritario que la comunidad científica tiene sobre aquellas afirmaciones que se consideran científicas, es decir, sobre aquellas afirmaciones que son objeto del estudio científico. Vemos entonces que es la propia ciencia la que nos dice lo que es científico y, por lo tanto, que el conocimiento científico no es, ni puede ser, ajeno a la comunidad científica en dónde se crea y en dónde existe. Por ello, cuando se estudian las bases sobre las que se asienta el conocimiento científico, la filosofía utiliza la palabra “paradigma” para referirse al conjunto de afirmaciones que son consideradas “verdaderas” por la comunidad científica en un momento dado de la evolución histórica de una disciplina.

Desde luego, no estamos afirmando que el paradigma creado mediante el consenso científico sea subjetivo, pero si estamos afirmando que el conjunto de afirmaciones básicas sobre las que se asienta cualquier teoría científica no trivial que se haga de algún aspecto la realidad que nos rodea contienen siempre un subconjunto de afirmaciones que son subjetivas e indemostrables. No hay, por lo tanto, una “verdad” que se pueda enunciar como objetiva dentro de una disciplina científica, pero si hay, sin embargo, un consenso metodológico sobre cómo se llega al conjunto de proposiciones o afirmaciones básicas en las que sustentamos cualquier teoría científica. El conocimiento científico es, por lo tanto, el conjunto de afirmaciones que se consideran ciertas por la comunidad científica en un

momento dado, pero lo que consideramos ciencia, o en concreto, lo que consideramos el Método Científico, es el procedimiento que permite alcanzar el consenso con el que se llega a ellas. La ciencia es entonces el método que se utiliza para alcanzar la certeza científica, pero la ciencia no es la certeza misma, que siempre es básicamente indemostrable.

Cuando comprendemos que no existe la verdad dentro de la ciencia, sino el consenso científico con el que se intenta llegar a ella, entonces comprendemos que la ciencia y la fortaleza del Método Científico que la crea, descansa sobre la prescripción, o el cumplimiento, del conjunto de reglas no escritas que deben seguirse para crear el consenso sobre la certeza científica de un enunciado. Al conjunto de reglas que tienen que seguirse para alcanzar el consenso científico se le conoce con el sobre nombre de “la revisión de pares”, y no puede haber certeza científica si dicha prescripción metodológica no se cumple. Entender esto es muy importante, porque un científico no es un sacerdote que está en contacto con la diosa de la verdad, sino que es una persona que forma parte de una comunidad que sigue una metodología concreta antes de afirmar que una teoría es una teoría científica.

Resumir en pocas palabras en qué consiste el Método Científico y cuál es el conjunto de reglas que se deben de seguir para llegar a la certeza científica no es muy difícil, ya que básicamente exige que cualquier afirmación o enunciado que se haga dentro de una disciplina científica quede expuesta a la crítica permanente desde el momento en que se proclama, porque es la crítica permanente sobre la veracidad o no veracidad de cualquier afirmación, y en la que participa toda la comunidad científica, lo que crea el consenso sobre el paradigma dominante dentro de una disciplina y lo que hace que una teoría sea considerada científica.

Ahora, una vez que se entiende qué es la verdad científica y una vez que se entiende que se necesita la crítica permanente para llegar a ella (la revisión de pares), es posible entender por qué la economía dista tanto en la actualidad de ser una disciplina científica. Es muy importante entender, y lo demostraremos ahora, que la economía falla de manera tan estrepitosa en el aspecto científico porque ninguna afirmación que se muestra como científica dentro de la economía, está siendo sometida a crítica alguna. O diciéndolo de otra manera, el paradigma económico actual que es presentado a la comunidad científica como el resultado de la metodología científica, no ha sido creado por dicha metodología científica, sino que ha sido creado de manera deliberada a espaldas de ella, por un grupo reducido de personas con el poder político suficiente para hacerlo.

Pongamos un ejemplo dentro de la economía para aclarar lo que estamos afirmando sobre el consenso metodológico y por qué no se están cumpliendo el conjunto de normas que permiten llegar a él.

Una de estas reglas no escritas que exige la Metodología Científica se refiere a las variables (o parámetros) que aparecen en una afirmación científica, y prescribe que estas variables tienen que estar siempre bien definidas, o al menos que hagan referencia a algo que se pueda medir o aislar en el contexto en dónde se definen. Es lógico. Si los elementos con los que se construye una afirmación no están bien definidos o no pueden aislarse dentro del contexto dónde se crean, difícilmente otra persona podrá verificar o rebatir una afirmación donde aparezcan esos elementos y difícilmente podrá llegarse a ningún consenso sobre si dicha afirmación es cierta o no es cierta, ya que ni siquiera se podrá estar de acuerdo sobre qué es de lo que se está hablando.

Sin embargo, es fácil comprobar que la mayoría de las variables que se utilizan en economía no solo no están definidas, sino que ni siquiera pueden medirse o aislarse, y, por lo tanto, es imposible debatir sobre una afirmación que se haga con ellas.

Es increíble, pero casi todas las variables básicas con las que se construye el paradigma económico actual, o son imposibles de calcular o es imposible afirmar algo concreto sobre ellas porque no están definidas. La “oferta”, la “demanda”, la “utilidad”, la “eficiencia” son las variables más básicas de la economía y, sin embargo, nadie las puede calcular porque están definidas de manera ambivalente según el contexto en el que se usen y dependen de él. Ni siquiera el dinero está definido de una manera clara dentro del paradigma económico, a pesar de que cualquier persona que no sea economista, es capaz de identificarlo sin ninguna posible confusión en el mundo real.

Pero no solo ocurre con las variables básicas, tal y como hemos señalado, ocurre también con otras variables no tan básicas y que se utilizan para explicar fenómenos más complejos.

Un ejemplo de estas últimas variables, es la “**La tasa de desempleo no aceleradora de la inflación**”, también conocida como NAIRU por sus siglas en inglés (*non-accelerating inflation rate of unemployment*). Aunque, desde luego, la tasa de inflación y la tasa de desempleo son variables que están bien definidas y pueden medirse, sin embargo, la NAIRU es un término que no está bien definido. No solo porque la supuesta variable da a entender en su definición que existe una relación causal entre el desempleo y la inflación que no llega nunca a formular, en el sentido de que la disminución del desempleo es la causa de que aumente la inflación, sino porque es imposible calcular la NAIRU sin crear antes un contexto teórico en donde la NAIRU exista y pueda aislarse del resto de las variables.

La existencia de conceptos como la NAIRU demuestra de manera muy clara que en la economía no se sigue la metodología científica, ni existe la revisión de pares. Si en la disciplina económica existiese la revisión de pares, nunca se hubiese publicado un artículo sobre la NAIRU en una revista de economía porque los revisores de la revista hubiesen considerado el término, como un término no científico. A lo sumo, se habría publicado algún artículo mostrando las deficiencias que presenta la definición de la NAIRU y solicitando ayuda a la comunidad científica para crear el contexto teórico en el que

redefinirla, pero es seguro que nunca se hubiera convertido en el centro de atención de los economistas durante décadas, tal y como ha ocurrido de hecho.

Durante décadas, se han publicado miles de artículos sobre la NAIRU en las revistas más prestigiosas de economía del mundo sin que ninguno de sus directores pusiera ningún reparo en ello. ¿Cómo ha podido ocurrir esto? Pues, porque las revistas de economía son empresas privadas en la que sus dueños publican los artículos que creen convenientes publicar sobre los temas que consideran convenientes, siguiendo criterios ideológicos que nada tienen que ver con ningún criterio científico. No solo eso, sino que también se impide la publicación en las revistas de crítica alguna contra variables como la NAIRU, convirtiendo las revistas de economía en meros instrumentos de propagación ideológica, muy alejada de la función de crítica permanente sobre las ideas que tendría que tener dentro de la metodología científica.

La ciencia de la economía no se encuentra en un estado de degradación tan avanzado por casualidad. Las revistas tienen un papel relevante dentro de la metodología científica que no puede ser alterado sin alterar también el progreso de la ciencia. Evidentemente, en un entorno en donde se manipula lo que se publica en las revistas de economía, difícilmente puede prosperar la ciencia y el resultado del control que tienen los dueños de las revistas, solo puede ser la creación de una doctrina religiosa con tintes fundamentalistas, como de hecho es la Teoría Liberal. ¿Pero, como se ha llegado a esto?

2. LAS REVISTAS CIENTÍFICAS

La ciencia se diferencia de cualquiera de los otros muchos sistemas que se han utilizado para acumular y hacer accesible el conocimiento, en que cualquier declaración que se haga dentro de ella, está siempre sujeta a crítica y revisión, se considere o no se considere la declaración cierta. Es en este punto en particular en dónde reside la dificultad que entraña que una disciplina pueda llamarse científica, porque no es nada fácil crear el entorno necesario para que se lleve a cabo la crítica permanente de cualquier idea o declaración.

Pensemos en una religión cualquiera, por ejemplo, la católica. La estructura que ha creado la Iglesia Católica para difundir el catolicismo es una estructura piramidal en cuya cúspide se encuentra el papa y, bajo el cual, se encuentra una oligarquía sacerdotal que nada tiene que añadir a lo que afirme el papa, al que se le atribuye infalibilidad divina cuando opina sobre el dogma católico. Vemos con claridad que el catolicismo no es una disciplina científica, ni puede llegar a serlo nunca, porque no acepta ninguna crítica sobre lo que el papa afirma sobre el dogma católico. No hay, ni se permite, la crítica dentro del catolicismo, ni dentro de ninguna otra religión. Eso es lo que caracteriza el fenómeno

religioso y eso es lo que diferencia a la metodología científica de las demás formas de conocimiento, que se basa en crear un procedimiento social con el que cuestionar de forma permanente lo que consideramos cierto.

Podemos llegar a justificar el comportamiento doctrinal que ha seguido la Iglesia Católica estos últimos 2.000 años apelando a la necesidad de proteger el dogma católico de los disidentes, pero no es posible recurrir a la misma tesis para justificar por qué la disciplina económica funciona al igual que la iglesia católica y por qué ha recreado la misma estructura piramidal. La economía no es una religión y el estudio dentro de la disciplina no tendría que estar sometido a un régimen piramidal similar al de la Iglesia Católica, por lo que se hace necesario analizar la manera en la que se lleva a cabo la revisión de pares para poder entender cómo ha podido llegar a esta situación tan deplorable.

En la ciencia, la “revisión de pares” es el término que se utiliza para referirse al procedimiento con el que se garantiza que el paradigma científico dominante este siempre sometido a la crítica y abierto a cualquier nuevo dato que pueda obligar a la comunidad científica a revisarlo, lo que se consigue mediante la publicación de artículos en las revistas científicas. En este sentido, la función de las revistas científicas es hacer públicos, no solo los nuevos descubrimientos, sino también cualquier crítica o cualquier nuevo dato contrario a las ideas que son consideradas ciertas para que sea discutido por la comunidad científica. El problema aparece cuando se utilizan las revistas para hacer lo contrario, y se impide con ellas la publicación de las críticas o de los nuevos datos que ponen en duda la validez del conjunto de afirmaciones que se presenta a la comunidad de economistas como la “verdad científica”. De hecho, esto es lo que ha ocurrido en la disciplina económica, donde el necesario proceso de selección al que es sometido cualquier artículo antes de su publicación en una revista, es utilizado para censurar los artículos atendiendo a criterios ideológicos que nada tienen que ver con la ciencia ni con el método científico.

La perversión que supone el cambio en la función que tienen encomendadas las revistas de economía es tan increíble, tan inconcebible, que ningún economista parece tener conciencia de que es lo que viene sucediendo desde hace más de cincuenta años con los artículos que se publican en las revistas de economía de todo el mundo. Para entender cómo se ha podido llegar a esta situación tan deplorable, solo es necesario analizar cuál es el proceso que sigue un artículo para ser publicado en una revista de economía y comprobar que se puede manipular muy fácilmente:

- 1) El artículo es valorado, en una lectura rápida, por el editor de la revista o por la persona que la dirección de cada revista haya designado para ello, con la intención de determinar si es adecuado o no para su publicación en la revista. Cuando el artículo se rechaza en esta primera valoración, se suele devolver al autor acompañado de un lacónico comentario en el que se dice que, o bien su temática no se ajusta a la que sigue la revista, o bien que ya se han publicado artículos muy

semejantes a este, o bien que el artículo no tiene suficiente relevancia, o bien se rechaza sin dar ninguna explicación.

- 2) Cuando el editor encuentra interesante el artículo entonces se envía a un grupo de 2 a 5 revisores, cuyos nombres suelen quedar en el anonimato y a los que se les supone independientes y conocedores del tema particular que trata el artículo. Son ellos los que, transcurridos entre 15 días y 3 meses, emiten un veredicto sobre el artículo y deciden si será o no será publicado en la revista.
- 3) A partir de aquí, lo que sucede con el proceso de valoración del artículo se vuelve confuso en el mejor de los casos. Cuando se acepta el artículo, se suele devolver al autor para que lo modifique en algunos aspectos concretos, y cuando se rechaza definitivamente, se devuelve al autor sin decirle nunca quiénes fueron las personas que valoraron su trabajo ni por qué fue rechazado. Es decir, la comunidad científica no llega a saber siquiera que el artículo ha sido presentado para su publicación en la revista y ha sido rechazado, y mucho menos sabe por qué fue rechazado ni quién lo ha rechazado. Algo odioso y sin sentido, porque es el mismo procedimiento que utiliza un Tribunal de Censura en un país en el que no existe libertad de prensa.

El oscuro proceso de evaluación al que es sometido un artículo antes de ser publicado en una revista, tiene su origen en el pasado reciente, cuando la comunidad científica era muy reducida y todos los científicos se conocían entre sí. En aquella lejana época se consideró una buena idea que el nombre del censor del artículo permaneciera en el anonimato para evitar suspicacias entre colegas que se conocían. Pero a nadie se le oculta, que el secreto proceso de evaluación que acabamos de describir pone los pelos de punta a cualquier persona que conozca un poco de historia, porque es mismo procedimiento que sigue cualquier Tribunal de Censura para impedir que se publiquen ideas que se consideran peligrosas para los que gobiernan. Por ejemplo, es el mismo proceso utilizado por el Tribunal de la Santa Inquisición para juzgar a los reos y que solía terminar con la condena del acusado a arder en una hoguera.

De hecho, en los albores del método científico no se utilizaban las revistas científicas para comunicar los descubrimientos, tal y como se hace en la actualidad. En aquella época, la revisión de pares (y la crítica permanente que implica) se llevaba a cabo directamente con el intercambio de cartas entre los especialistas en las que se comunicaban ideas que se completaban con la publicación de libros dirigidos a toda la comunidad científica, mientras que las revistas científicas quedaban en un segundo plano y se utilizaban únicamente para comunicar los nuevos descubrimientos al resto de la comunidad científica menos especializada. Las revistas eran noticieros para la divulgación científica entre no especialistas. Se entiende entonces muy bien por qué, en aquella lejana época, el proceso de selección de los artículos no revestía ningún peligro para el método científico ni para la ciencia, ya que la revisión de pares no se estaba llevando a cabo con la publicación de artículos en las revistas.

Sin embargo, la situación es completamente distinta en la actualidad, cuando los científicos apenas si se conocen entre sí y el prestigio del que goza un investigador procede exclusivamente de si publica, o no publica, en las revistas científicas más prestigiosas de su especialidad. En este contexto, el oscuro proceso de selección al que se someten los artículos antes de su publicación resulta absurdo y peligroso, ya que son los dueños de las revistas quienes se arrogan el privilegio de valorar la importancia científica de un artículo antes de su publicación, impidiendo de esa manera que sea toda la comunidad científica quien lo valore, e impidiendo incluso a que llegue a conocer su existencia. Esto es absurdo y contrario a lo que obliga la metodología científica.

Observemos que cuando el director de una revista, o el grupo de revisores que lo asiste, consideran que un artículo no es lo suficiente importante, el artículo no se publica y la comunidad científica ni siquiera llega a saber que dicho artículo existe y ha sido rechazado por la revista. Esto convierte a quienes dirigen las revistas en las personas que deciden que artículos o que descubrimientos son relevantes dentro de la economía desde el punto de vista científico, lo que es por completo absurdo, ya que esa es la función que tiene encomendada toda la comunidad de economistas, y no solo los pocos privilegiados que dirigen una revista. No solo eso, sino que, además, el resto de la comunidad científica asume que la revista avala y garantiza la calidad científica de los artículos que publica, lo que pone en manos de un puñado de personas (el director y los revisores) la selección del conjunto de afirmaciones que van a formar el paradigma científico de la disciplina, lo que ya es completamente absurdo.

Es muy posible que un físico, un químico o un médico, no muestre temor alguno por la tergiversación del método científico que lleva implícito el proceso de censura previo al que se someten los artículos antes de su publicación. Seguramente porque piense que cualquier descubrimiento importante, más tarde o más temprano, se abrirá paso dentro de su disciplina, a pesar de que pueda ser rechazado para que su publicación en un primer momento. Pensará algo así como: *la ciencia al igual que la vida, se terminará por abrir paso*. Pero esa opinión es de una ingenuidad patética, incluso en disciplinas profundamente científicas y poco dadas a la manipulación, como son la física, la química o la medicina, y eso lo saben todos los científicos. Los fondos para la investigación y el progreso académico dentro de cualquier disciplina dependen en gran medida de si te publican o no te publican un artículo en una revista, y eso lo sabe todo el mundo. Es absurdo y es peligroso, en campos tan neutros como son la física o la medicina, darle ese poder a personas anónimas de las que se desconoce sus motivaciones ideológicas, pero es un suicidio colectivo permitir lo mismo en un campo como la economía, donde el fruto de las investigaciones puede cambiar, y de hecho cambia, la estructura social en la que vivimos.

Si le queda al lector alguna duda sobre el peligro que tiene dejar en manos de instituciones privadas la selección de las afirmaciones con las que se va a crear el paradigma científico, compárese esta situación con la situación creada en cualquier época por un Tribunal de Censura, y convendrá que no existe ninguna diferencia apreciable en la forma de

desempeñarse de ambos. El idealismo implícito que se respira entre los científicos, que siempre se han visto a sí mismos como incorruptibles bienhechores de la humanidad, ayuda muy poco a ver el peligro potencial que encierra el nauseabundo sistema de selección de artículos que imponen a los investigadores los que dirigen las revistas científicas, y el tiempo ha pasado sin que nadie haya puesto en duda el proceso, ni haya denunciado nunca el peligro que encierra.

Pero el tiempo nunca pasa en balde.

Los científicos no parecen darse cuenta, pero la ciencia ha pasado en menos de 200 años, del “dios es maquina” que abre la revolución industrial, al “sálvese quien pueda” que trae consigo el más atroz liberalismo económico. El conocimiento científico, al principio conocimiento colectivo compartido, ha dado paso a una carrera desbocada por la obtención de patentes, que convierten a la ciencia y al método científico en la mayor fuente de desigualdad entre los diferentes países del mundo. Inmensas universidades y centros de investigación se han alzado por todos los lugares del mundo, de la misma manera que solo unos siglos antes se habían alzado las inmensas catedrales, sinagogas, madrazas o templos budistas que contemplan desde las alturas al resto de construcciones del mundo. Los gobiernos dedican una parte sustancial del PIB a lo que llaman I+D con la esperanza de no quedarse atrás en la carrera por los descubrimientos. El nuevo dios de la ciencia reclama su tributo, y el poder y las riquezas que derrama sobre sus creyentes, gracias a los descubrimientos científicos, son inmensas. Es muy difícil escapar de su embrujo y no terminar adorándolo al igual que hacíamos con los antiguos dioses.

Es inevitable no temblar ante el panorama que se dibuja ante nuestros ojos cuando recreamos el nacimiento de la ciencia y de la revolución industrial que trae consigo. Es imposible no tener escalofríos, por el aura de irrealidad que había tomado la ciencia y lo “científico” a finales del siglo XIX. Ser “un científico” era ya equivalente a ser un sacerdote que estaba en contacto con la sabiduría y el conocimiento, y era considerado poco menos que infalible en sus afirmaciones cuando hablaba en nombre de la ciencia. Fue en ese clima de irrealidad entre lo divino y lo humano, entre el sueño y la vigilia, entre la sabiduría y la ideología, cuando la ciencia fue utilizada para sostener las teorías racistas con las que se justificaba el más atroz colonialismo de la época y que terminaron por dar paso al genocidio de los judíos. La ciencia se había convertido en algo demasiado poderoso como para no utilizarla para fines que nada tienen que ver con el conocimiento compartido. Presentar una afirmación como respaldada por el método científico y por la ciencia era presentar la afirmación como una verdad absoluta, y eso era algo que podía utilizarse con fines muy distintos a la obtención del puro y simple conocimiento compartido.

Era inevitable, que quiénes decidían lo que se publicaba en las revistas de economía terminaran utilizando ese poder para implantar un Tribunal de Censura con el que impedir la propagación de ideas que consideraban contrarias a sus intereses. Puede que en disciplinas como la medicina o la física no tenga ningún sentido tergiversar los

descubrimientos científicos, lo que tampoco es cierto, pero en una disciplina tan especial como la economía, ese poder de censura iba a permitir a una pequeña minoría de personas, presentar las bases en las que se asienta la Teoría Liberal como el más grande descubrimiento científico de todas las épocas. El libre mercado, y su supuesta eficiencia productiva, iba a ser presentado a la comunidad como una verdad científica con solo ser publicado como tal en una revista científica de economía.

Podemos entender que haya periódicos de izquierda y de derecha, y podemos entender que a los periodistas se les exija profesar la ideología de la línea editorial del periódico en el que trabajan. Sin embargo, nos costaría mucho entender que algo así ocurriera en las revistas científicas. A los científicos le gusta pensar que los artículos se publican según la importancia científica que tienen sus trabajos y no por la ideología que profesa quién los escribe, olvidándose por completo que la “verdad científica” solo es el consenso al que llega la comunidad utilizando la metodología científica. Los científicos se comportan como niños cuando prefieren ignorar lo que eso significa: *que es muy fácil hacer pasar por ciencia lo que solo es ideología, basta con controlar el proceso de selección al que someten los artículos que se publican en las revistas científicas.*

El cómo se ha llegado a esto y por qué se ha permitido que tal cosa suceda, a nadie se le escapa.

3. LAS UNIVERSIDADES PRIVADAS DE LOS EEUU

Todo empezó a ir mal en el mundo después de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Entonces quedó muy patente la existencia de dos superpotencias, los EEUU y la URSS, enzarzadas en una lucha ideológica sin cuartel sobre cuál era el mejor sistema político y económico para organizar el mundo: el comunismo o el liberalismo. Desde luego, a nadie se le escapaba que la lucha ideológica entre los dos bloques hegemónicos, a duras penas ocultaba la lucha por la hegemonía mundial de la URSS y de los EEUU, que utilizaba la lucha de clases como excusa para intervenir en todos los países del mundo.

En medio de una situación tan violenta, en dónde dos concepciones contrapuestas de la sociedad luchan por mantener la hegemonía militar y económica, es inevitable que surja la tentación de sobornar a la ciencia para hacer que respalde las ideas que defiende uno de los dos bandos. Las teorías económicas se convirtieron entonces, sin quererlo, en un campo de batalla en dónde importa muy poco el conocimiento científico y en dónde cualquier consideración se supedita a la obtención de la victoria ideológica sobre el oponente. Sin embargo, mientras que en la URSS no era necesario sobornar a los científicos porque allí cualquier declaración estaba sometida a censura previa, no ocurría lo mismo

en los EEUU y en el llamado “mundo libre”, en donde los economistas propagan las ideas marxistas sin ninguna cortapisa, impulsados por un ambiente de pobreza, miseria y desigualdad que actuaban de caldo de cultivo y de caja de resonancia en todo el mundo.

En el “mundo libre”, a diferencia de lo que sucedía en la URSS, existía un incentivo muy fuerte para controlar las ideas y las teorías que se propagaban como científicas dentro de la disciplina de la economía. Se hacía necesario presentar la Doctrina Liberal, y la supuesta eficiencia productiva del libre mercado, como una teoría científica frente al socialismo y, para ello, había que obligar a la ciencia de la economía a tomar partido por la causa liberal.

Lo que se hizo para conseguirlo, como no podía ser de otra manera, fue utilizar como un Tribunal de Censura el proceso de selección de los artículos que se publicaban en las revistas de economía. A la vista de todo el mundo, pero sin que nadie se apercibiera de lo que estaba ocurriendo, todo lo que se publicaba en las revistas de economía y en los libros de texto fue sometido a una estricta censura por parte de los que dirigían las universidades privadas de los EEUU. Se impidió la publicación en las revistas de economía de cualquier artículo contrario a la ideología liberal, y se dejó de contratar como docentes a los economistas que no defendieran con suficiente celo la doctrina liberal. Los científicos de otras disciplinas, demasiados idealistas para pensar que tal cosa era posible, nunca llegaron a comprender que el mayor ataque perpetrado nunca contra la ciencia, no solo se estaba llevando a cabo delante de sus narices, sino que se estaba consumando con su colaboración y con su consentimiento ideológico.

La caza de brujas que sufrió la Meca de Cine, Hollywood, durante la década de los años 50 del siglo XX es conocida por todos, pero no es tan conocida la silenciosa expulsión de los docentes con ideas izquierdistas que, en aquellas fechas, se inició en todas las universidades privadas de los EEUU. La época de persecuciones que se inició entonces, y que supo visualizar Hollywood con toda la pompa que merece siempre cualquier linchamiento mediático, ocurrió también en las demás actividades dentro de los Estados Unidos, pero de una manera mucho más silenciosa y contundente entre los docentes universitarios que daban clases de economía, en donde era natural que hubiese economistas que defendieran enfoques alternativos para la enseñanza de la economía, como, por ejemplo, los enfoques marxistas. Comenzó entonces un rápido proceso de selección de los docentes universitarios que enseñaban economía, atendiendo a sus creencias políticas, a su raza, a su nacionalismo y, sobre todo, atendiendo a su fe en el liberalismo.

La limpieza ideológica estuvo muy favorecida por el hecho de que la mayoría de las universidades de los EEUU son universidades privadas, cuyos dueños no tienen ninguna obligación de justificar la razón por la que se contrataba a unos docentes y no a otros. Poco a poco, y tras el paso de tan solo una década, todo el profesorado docente que trabajaba en las universidades privadas de los EEUU profesaba sin reserva la ideología liberal.

A partir de entonces se empezó a censurar todo lo que se publicaba en las revistas de economía que, en aquella época, justo después de terminada la guerra, eran instituciones privadas que dependían de las universidades privadas de los EEUU. Las revistas de economía más importantes del mundo pertenecían todas, casi sin excepción, al entramado docente de las universidades privadas de los EEUU, el único país que había terminado indemne la guerra. El oscurantista proceso utilizado para la selección de los artículos antes de su publicación era perfecto para ese fin, y en los años setenta permitió a los economistas que dirigían las universidades privadas de los EEUU presentar al mundo la Teoría Liberal como una teoría científica, resultado de la Metodología Científica y del consenso científico entre economistas, nada más alejado de la realidad.

El poder que adquirieron a partir de aquel momento los claustros de las universidades privadas de los EEUU fue inmenso, y la pequeña minoría de personas que los formaban pudo hacer pasar por ideas geniales lo que solo eran bazofia ideológica dirigida a justificar la aplicación de las políticas liberales en todo el mundo.

Se construyeron teorías para justificar la libre circulación de capitales, obligando a las monedas locales a un constante proceso de devaluación en relación del dólar. Se construyeron teorías para justificar la eliminación de los aranceles, desprotegiendo la naciente industria local de todos los países del mundo. Se construyeron teorías para justificar el desmantelamiento de las organizaciones sindicales, destruyendo el consenso social que se había alcanzado tras la posguerra. Se construyeron teorías para justificar la ineficiencia de las empresas públicas, obligando a los gobiernos a privatizar los servicios públicos en aras de una mayor eficiencia. Se crearon teorías para justificar la subasta de los monopolios al mejor postor. Y, por último, quizás con distancia lo más negligente y dañino que se haya hecho nunca por razones ideológicas, se construyó la teoría de las externalidades con la que se impide la protección del medio ambiente por parte de los gobiernos locales, tanto en los EEUU como en el resto del mundo, convirtiendo la democracia y el derecho a decidir de la gente en una burla sin sentido. A partir de entonces, importaba muy poco qué partido era el que ganaba unas elecciones, porque en la práctica, ningún gobierno podía tomar ninguna decisión en contra de la libre circulación del dinero, de la libre circulación de mercancías y de la libre destrucción del medio ambiente previo pago de la conveniente externalidad negativa.

Todas las teorías que aparecen en los textos universitarios de economía, y que se enseñan a los estudiantes como teorías científicas, han sido creadas por los economistas que trabajan para las universidades privadas de los EEUU, y están dirigidas a proteger por razones de “utilidad social” y “eficiencia económica” los intereses económicos de los EEUU. Solo de manera colateral, estas teorías parecen defender y proteger también a las oligarquías económicas locales, aunque un análisis más detallado de las consecuencias del liberalismo y del libre mercado muestra sin lugar a dudas que los intereses locales quedan en un segundo plano frente a los intereses de las personas más ricas del planeta, que invariablemente son en su mayoría ciudadanos residentes en los EEUU.

Los economistas que trabajan para las universidades privadas de los EEUU tienen muy mala memoria y ahora, después de la crisis del 2008, reniegan de algunas de las recomendaciones que estuvieron haciendo durante los últimos 50 años, y que el Fondo Monetario Internacional obligó a seguir a los países en vías desarrollo que caían en una crisis de cambio. Es muy comprensible que hoy quieran olvidar el papel jugado por las teorías económicas que ellos desarrollaron, ya que son esas teorías las causantes de la pobreza en la que viven la mitad de la población humana, del deterioro del medio ambiente y de la amenaza que supone el cambio climático para la vida en el planeta.

¿Para qué sirve la ciencia? La ciencia sirve para que los seres humanos puedan protegerse contra el fundamentalismo ideológico con el que se degradan los seres humanos unos a otros. ¿Pero qué sucede cuando una minoría utiliza la ciencia para justificar científicamente la degradación a la que somete a demás seres humanos?

Eso fue lo que hizo el nazismo con el supuesto respaldo científico que la teoría de la evolución de Darwin daba a la existencia de una raza superior, y es también lo que han estado haciendo los liberales los últimos 50 años con la teoría económica creada expreso por los economistas que trabajan para las universidades privadas de los EEUU. Esas teorías económicas, se enseñan en las universidades públicas de todo el mundo, están respaldadas por artículos que se publican en las revistas más prestigiosas de economía del mundo y se les concede el Premio Nobel de Economía a los economistas que las han creado. Sin embargo, esas teorías no tienen ningún fundamento científico y han sido creadas para dar sustento científico a la degradante idea liberal que afirma que unos seres humanos son más productivos y más eficientes que otros y que, por lo tanto, los primeros son merecedores de su riqueza y los segundos son merecedores de su pobreza.

Si el racismo utilizaba las diferencias fisiológicas para justificar que unos seres humanos son mejores que otros, ahora, la Teoría Liberal justifica con la diferencia de ingresos, la superioridad productiva y moral de unas personas sobre otras y, por lo tanto, justifica como auto merecida la miseria y la pobreza que sufren una buena parte de los seres humanos que habitan el planeta.

4. LAS UNIVERSIDADES PÚBLICAS

Hablar de la ciencia de la economía es hablar de los economistas, ya que son ellos quienes crean las teorías económicas y quienes las difunden. Hablar de los economistas es hablar de los economistas corruptos, sin importar si les puede parecer injusto, o hasta insultante, a muchas de las personas que trabajan como economistas en las universidades públicas de todo el mundo. Sentimos mucho que se molesten.

Ya hemos denunciado el concienzudo trabajo de selección que hacen las universidades privadas para contratar los docentes e investigadores que enseñan economía en sus aulas, pero no ha quedado nada claro por qué tenemos que meter en el mismo saco a los economistas que trabajan en las universidades públicas de todo el mundo.

Observemos, que no se le puede reprochar a los que dirigen una universidad privada que contraten como docentes a los economistas que crean adecuado para ello. A pesar de que podamos tachar de degradante el exhaustivo examen ideológico a que someten a los docentes antes de su contratación, las universidades privadas son instituciones privadas que tiene derecho a hacerlo. Por esta razón, difícilmente podemos tachar a estos docentes de corruptos, ya que únicamente hacen el trabajo para el que han sido contratados. Por ejemplo, Paul Samuelson o Gregory Mankiw, son economistas que han trabajado, o que trabajan, para una universidad privada de los EEUU y no podemos reprocharles que en los respectivos libros de enseñanza que han escrito, engañen, mientan, tergiversen y difundan ideas falsas sobre las leyes y principios en los que se asienta la economía, porque es para eso para lo que han sido contratados.

Sin embargo, es muy claro y diáfano para todos aquellos que quieran verlo, que junto a estos economistas cuyo trabajo principal es el engaño y a los que se les suele conceder el Premio Nobel, existen otros economistas mucho más grises y mucho menos visibles, sin cuya complicidad, silencio y trabajo, el engaño de los otros no sería posible y no podría llevarse a cabo. Nos estamos refiriendo a los economistas que trabajan en las universidades públicas de todo el mundo. Ellos son, a nuestro juicio, los verdaderos economistas corruptos de la disciplina, porque su trabajo y la razón por la que son contratados, es la de impedir que economistas como Paul Samuelson o Gregory Mankiw consigan su propósito y hagan pasar por teorías científicas lo que solo es ideológica. A estos economistas los contratan los ciudadanos y sus sueldos los pagan los ciudadanos, y a pesar de ello, siguen el engaño, la mentira y las directrices de los economistas que trabajan para universidades privadas de los EEUU, dejando la economía de sus países indefensa antes los desmanes del liberalismo.

Para entender cómo se han corrompido tanto los economistas que trabajan en las universidades públicas de todo el mundo, y por qué, en vez de denunciar desde sus cátedras la falsedad que encierra la doctrina liberal, lo que hacen es respaldarla y difundirla, debemos recordar cuál es el procedimiento que se utiliza para contratarlos.

A diferencia de lo que sucede en una universidad privada, en donde nadie pone en duda el derecho de los dueños a contratar el personal investigador y docente que crean conveniente, en una universidad pública sucede lo contrario. Como consecuencia de la transparencia que exige la administración de los bienes públicos, en una universidad pública existe un complejo proceso de selección que busca ser imparcial cuando determina la idoneidad del personal docente e investigador que contrata. Primero, se intenta garantizar de que todas las personas puedan acceder a un puesto de trabajo dentro de la administración pública en

igualdad de condiciones, sin que pueda seleccionarse a nadie por su raza, por su sexo, por ideología, por sus creencias, etc., algo que como sabemos, es un requisito que no hay ninguna obligación de garantizar cuando se contrata el personal en las empresas privadas. Y, segundo, se intenta garantizar que la persona que se contrata sea la que tenga mejor preparación y este más capacitada para desarrollar el trabajo que se oferta.

Las personas no suelen entender que cuando se convoca un concurso de méritos para seleccionar a unas personas y no a otras, se está discriminando necesariamente a unas personas de otras, lo que deja abierta la puerta a la manipulación del proceso de selección, ya que el resultado del concurso dependerá del criterio que se ha seguido para determinar los méritos. En la actualidad, en el conjunto de méritos con el que se valora la idoneidad de un candidato que opta a una plaza en una universidad pública se recogen dos aspectos muy concretos de su trabajo que son fácilmente manipulables, ya que proceden de una valoración externa sobre el candidato. El primer aspecto que se valora de un candidato se centra en la cantidad y calidad científica de los artículos, libros y otras publicaciones que haya hecho a lo largo de su vida profesional, y el segundo aspecto que se valora se centra en la cantidad y calidad de los años de docencia trabajados.

A nadie se le escapa, y ya hemos analizado este punto, que publicar un artículo en una revista de economía no depende de la calidad científica del artículo, sino de la valoración que hagan quienes dirigen la revista, que es casi siempre una institución privada que no tiene ninguna obligación de dar explicaciones sobre los criterios que utiliza para seleccionar los artículos. Es muy claro, en tal caso, que son las personas que dirigen las revistas de economía, las que le están permitiendo al candidato adquirir el currículum necesario para acceder a la plaza dentro de una universidad pública, cuando deciden si publican o no publican sus trabajos en la revista. Es muy claro, que el candidato tendrá muchos incentivos para amoldar sus artículos a la línea ideológica de quienes dirigen las revistas de economía, con la idea puesta únicamente en adquirir el currículum necesario para superar a los demás candidatos en un concurso de méritos.

Lo mismo sucede con el tiempo trabajado como docente. Un economista que opta por una plaza en una universidad pública puede presentar como parte de su bagaje curricular el tiempo de docencia trabajado para una universidad privada de los EEUU. Es claro, para cualquiera que quiera verlo, que aquí también son las personas que dirigen la universidad privada, la que le permite al candidato el currículum necesario para competir con ventaja a las plazas que ofertan las universidades públicas. Es muy claro que, en tal caso, cualquier economista que quiera trabajar en una universidad pública tendrá un fuerte incentivo en adoptar y seguir la ideología de aquellos que dirigen las universidades privadas de los EEUU.

En ambos casos, es una universidad privada de los EEUU la que está permitiendo al candidato adquirir el currículum con el que optar exitosamente a la plaza que oferta una universidad pública de cualquier país del mundo. Se entiende entonces muy bien, que las

personas que dirigen los claustros de las universidades privadas de los EEUU utilicen este inaceptable privilegio para tejer una extensa red mafiosa, con la única intención de conseguirles a los economistas de ideología liberal los méritos necesarios para copar con éxito las plazas que se ofertan dentro de las universidades públicas de todo el mundo. Vemos que lo que parecía una buena idea, obligar a la transparencia y a la neutralidad en los procesos de contratación del personal dentro de una universidad pública, se convierte en su talón de Aquiles cuando se utiliza como mérito para la contratación la cantidad de artículos publicados en una revista privada de economía o el tiempo de docencia trabajado en una universidad privada de los EEUU. Ver para creer.

Este silencioso y corrupto proceso de selección curricular viene llevándose a cabo en el campo de la economía desde hace más de 50 años y en la actualidad es fácil comprobar que más del 90% del personal docente e investigador de cualquier universidad pública de economía del mundo profesa la ideología liberal. Es muy fácil comprobar que la mayor parte de los economistas que trabajan dentro una universidad pública en España tienen el mismo perfil curricular. Primero, casi todos ellos tienen un doctorado financiado por alguna entidad privada, o un posdoctorado financiado por alguna universidad privada de los EEUU. Segundo, casi todos ellos han sido contratados entre 6 meses y 2 años como asistente en alguna universidad privada de los EEUU. Tercero, todos ellos han publicado con cierta periodicidad en las revistas privadas de economía consideradas más prestigiosas, y que suelen depender de alguna universidad privada de los EEUU (generalmente en la revista que publica la universidad privada en la que cursaron estudios de posdoctorado o dónde trabajaron como profesor asistente).

Todo esto no es casualidad. Estamos en presencia de una organización de carácter internacional, dirigida desde un país extranjero, cuya finalidad última es interferir en el avance de una disciplina tan fundamental y tan vital para el desarrollo humano de un país, como es la económica. Casi siempre nos olvidamos de lo evidente, pero son los economistas que trabajan en las universidades públicas, los que tienen que aconsejar a los gobiernos cuando estos se enfrentan a los problemas que plantean la compleja organización moderna. Cuando estos economistas son seleccionados por la visión liberal que tiene de la economía, entonces difícilmente podrán defender los intereses de aquellos a los que aconsejan, y, por el contrario, con sus recomendaciones y consejos estarán sirviendo a los intereses económicos del país extranjero al que le deben sus puestos de trabajo.

Nos olvidamos de lo evidente, porque queremos olvidarnos de lo evidente, pero quién tiene que determinar la "calidad" científica de un artículo científico es toda la comunidad científica y no quienes dirigen las revistas de economía. Esa es la base de la Metodología Científica. Hemos dejado que sea una red de instituciones privadas, dirigida por criterios privados, y perteneciente a un país extranjero, quién valore la calidad científica de nuestros economistas y la calidad científica de los artículos que escriben. No debemos extrañarnos entonces que seleccionen a los economistas atendiendo a su docilidad para aceptar la

validez científica de las teorías económicas que crean exprofeso para que nuestro gobierno las siga, con resultados nefastos.

¿Por qué entra en el currículum de un investigador la cantidad de artículos que ha publicado en una revista privada en la que los artículos son seleccionados por personas desconocidas y siguiendo criterios desconocidos? ¿Por qué entra en el currículum de un investigador el tiempo de docencia que ha pasado trabajando en una universidad privada que contrata a los docentes a dedo y sin convocar un concurso de méritos? Es absurdo que en un concurso de méritos se acepten méritos que se consiguen sin pasar por un concurso de méritos. Es una contradicción completamente absurda. Es obvio que no puede aceptarse como mérito para discriminar entre los candidatos en un concurso público, un artículo publicado en una revista privada o el tiempo de docencia en una institución privada. Sin embargo, esto es lo que viene haciéndose desde hace 50 años en España y en el resto del mundo para contratar al personal que trabaja dentro de las universidades públicas de economía.

Nos olvidamos de lo obvio y ello tiene un alto precio: no contar con una teoría económica científica de la que puedas fiarte para tomar las importantes decisiones económicas que enfrenta tu país, ni contar con un conjunto de economistas preparados.

5. EL PREMIO NOBEL DE ECONOMÍA

Pero, ni toda la manipulación existente en los concursos de méritos para trabajar en las universidades públicas, ni toda la censura que imponen los que dirigen las revistas de economía a los artículos que publican, sería suficiente para impedir, por sí sola, que la verdad científica se abriera paso. Incluso en una disciplina tan degradada como la economía, se necesita algo más para cerrar el círculo y ahogar cualquier atisbo de pensamiento crítico dentro de la disciplina. Ese “algo más” solo se consiguió al utilizar la concesión del Premio Nobel de Economía para dar apariencia científica a las teorías económicas que se iban creando exprofeso en las universidades privadas de los EEUU.

Al igual que las revistas científicas, el Premio Nobel es relativamente moderno y la Fundación Nobel empezó a concederlo en 1901. También, al igual que ocurre con el proceso de selección al que tiene que someterse un artículo para ser publicado en una revista, el proceso que lleva a cabo la Fundación Nobel para determinar a los galardonados es muy poco transparente y, ni se conoce en qué consiste, ni quiénes son las personas que lo conceden. La razón de tanto oscurantismo hay que buscarla, una vez más, en las suspicacias que podría despertar dentro de la pequeña comunidad científica de finales del siglo XIX, conocer la nacionalidad y la ideología de las personas encargadas de conceder el premio. Se entiende entonces muy bien que ya desde el nacimiento de la institución, se

ocultara a sabiendas quiénes eran las personas encargadas de concederlo y se mantuvieran en secreto los criterios seguidos para elegir a los candidatos.

Ver para creer. Una vez más, la ingenuidad y la fe ciega en la ética que los científicos se atribuyen a sí mismos, permite que se instaure un proceso de elección de los galardonados que es muy fácilmente manipulable por una pequeña minoría de personas, cuya identidad, además, permanece oculta gracias a que propio proceso de selección garantiza su anonimato.

En el caso concreto de la concesión del Premio Nobel de Economía, la situación es todavía peor que la que hemos descrito para el resto de las ciencias, ya que no fue hasta 1969, al inicio de la ofensiva liberal, cuando el Banco Central de Suecia instauró el premio, que inicialmente se llamó Premio de Ciencias Económicas del Banco de Suecia en Memoria de Alfred Nobel (en sueco, *Sveriges riksbanks pris i ekonomisk vetenskap till Alfred Nobels minne*), y que luego, con posterioridad, pasó a ser gestionado por la Fundación Nobel. No fue casualidad que tan solo un año después de su implantación, en 1970, el banco sueco le concediera el Premio Nobel de Economía a Paul Samuelson por su trabajo sobre la Teoría de la Función de Producción, marcando lo que iba ser la finalidad por la que se concedía el premio: para respaldar el carácter científico de las teorías económicas que irían surgiendo de las universidades privadas de los EEUU para propagar la doctrina liberal.

Pensar de otra manera sobre el Premio Nobel de Economía, sería estúpido.

Mucho antes de que le concedieran el Premio Nobel a Samuelson, los economistas habían demostrado que no se puede asociar de manera coherente, la producción real de una economía con una Función de Producción, tal y como la concibe Samuelson. No es difícil comprender que ha sido gracias a que se le ha concedido el Premio Nobel de Economía, como las universidades privadas de los EEUU han podido presentar al mundo la Teoría de los Factores de Producción y a la Función de Producción como un hecho científico incuestionable, cuando la realidad es que se puede demostrar fácilmente que no pueden existir.

También es imposible de calificar, desde la óptica científica, a la “Teoría sobre las Expectativas Racionales”, pero en cuanto se le dio a Roberts Lucas el Premio Nobel de Economía, cualquier crítica sobre la evidente estupidez de la teoría ya no era posible. Cuando analizamos a los galardonados con el Premio Nobel de Economía, observamos con estupor que no hay ni un solo economista al que se le haya dado el premio por haber descubierto algún hecho empírico contrastable. No existe tal economista, ni existe tal hecho empírico. Siempre, la razón por la que se ha concedido el Premio Nobel ha sido para poder presentar las teorías creadas por las universidades privadas de los EEUU como teorías científicas, y las recomendaciones que se derivan de ellas, como recomendaciones científicas.

Solo tenemos que echar un vistazo a cuáles han sido los supuestos hallazgos científicos que han motivado la concesión del premio, para darnos cuenta que con ellos se justifican, de una manera o de otra, las recomendaciones que hace la Teoría Liberal: la eliminación de

las barreras arancelarias, la eliminación del control de capitales, la conveniencia de subastar las empresas públicas, la teoría de las externalidades que permite la destrucción del medio ambiente, etc. Todas ellas, recomendaciones avaladas por los economistas que han recibido el Premio Nobel y que dejan indefensa la población civil frente a la rapiña de las grandes empresas y al medio ambiente indefenso frente a la rapiña de los inversores.

¿No resulta sorprendente que alrededor del 70% de los galardonados con el Premio Nobel de Economía pertenecen al claustro de alguna universidad privada de los EEUU? ¿No resulta extraño que siete de cada diez personas que reciben el Premio Nobel de Economía son ciudadanos de los EEUU y tienen un cargo importante dentro del organigrama de alguna universidad privada de los EEUU?

Esto, por sí solo, ya nos dice todo lo que necesitamos saber sobre quiénes están detrás de la elección de los premiados y que tipo de criterio se puede estar utilizando para concederlos. Por ejemplo, William Nordhaus es un economista que fue colaborador íntimo de Paul Samuelson y que ha estado implicado durante muchos años en la dirección de la Universidad Privada de Yale, en New Haven, Connecticut (Estados Unidos). En el 2018 se le concedió el Premio Nobel de Economía por su investigaciones y hallazgos sobre el cambio climático publicados en la década de 1990. ¿En qué consisten estos hallazgos sobre el cambio climático? Ciertamente en nada, pero la gente que dirige los claustros de las universidades privadas de los EEUU quería concederle un último homenaje al único economista que aún queda con vida de la generación de Samuelson, aquella generación que hizo la revolución liberal. Además, al concederle el Premio Nobel se estaba haciendo pasar por un descubrimiento científico la afirmación de Nordhaus de que las pérdidas económicas ocasionadas por el calentamiento global serian del orden de un 3% del PIB mundial, una cantidad ridícula para preocuparse por ella. Una vez más, se concedió el Premio Nobel de Economía porque, simplemente, podían concederlo. No hay ninguna otra razón, ni puede haber ninguna otra razón para ello:

“puedo porque puedo”

La situación a la que ha llegado la ciencia de la economía es esperpéntica, pero las personas no son conscientes de hasta qué punto el esperpento puede fácilmente convertirse en horror.

6. LA “OPERACIÓN KNIGHT”

La pregunta obvia que se habrán planteado después de leer todo lo que hemos afirmado es, para qué todo este entramado. ¿Qué beneficio obtienen los claustros de las universidades privadas de los EEUU, cuando por fin consiguen tener a su servicio a todo el personal investigador que trabaja dentro de las universidades públicas de todo el mundo? Somos de la opinión de que, sí usted ha llegado hasta aquí, y todavía no sabe la respuesta a esta pregunta, es porque, seguramente, es usted uno de los muchos ingenuos que cree que el liberalismo ha venido a liberar a los ciudadanos de un gobierno opresor que solo busca someterlos, extorsionarlos y privarlos de su libertad individual. Sentimos mucho tener que desengañarlo.

En 1947, recién finalizada la Segunda Guerra Mundial, se reunieron en la pequeña villa suiza de Mont Pelerin, un grupo de 36 intelectuales, la mayoría de ellos economistas, para discutir cómo hacer frente a la amenaza que suponen las ideas socialistas para el mundo surgido tras la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial. Entre ellos estaba el economista austriaco Frederic Hayek, al que luego se le atribuirá la autoría intelectual del liberalismo, a pesar de que no fue él, sino el economista norteamericano Frank Knight, el promotor de la reunión y quién luego orquestó la operación que llevaría al liberalismo, y a la ideología liberal en la que se sustenta, a ser una doctrina respaldada por la ciencia y por el método científico.

Tenemos que entender que para la mentalidad conservadora de las personas reunidas en Mont Pelerin, el mundo entero había sucumbido ante las ideas socialistas, lo que era una idea por completo absurda, a pesar de que era cierto de que la dictadura soviética amenazaba con implantarse en todos los rincones del planeta. Sea como fuera, lo cierto es que la realidad económica de la posguerra era bastante diferente a esta burda escenificación de dos bloques antagónicos en lucha permanente que tenían en mente los reunidos en Mont Pelerin.

La realidad era más compleja. Como consecuencia de la crisis económica mundial iniciada en 1929, tanto los EEUU como el resto de los gobiernos democráticos habían atado en corto al sistema industrial y financiero de sus respectivos países y habían dictado un buen número de leyes tendentes a restringir su capacidad de manipular la economía en beneficio propio. Por lo tanto, era muy cierto que los gobiernos de la época actuaban con bastante contundencia a la hora de restringir la libertad de movimientos que tenía el dinero antes de la guerra, y era también muy cierto que los impuestos eran muy progresivos y cargaban el gasto público sobre los ingresos de los que más ganaban. Además, al independizarse tras la guerra, las antiguas colonias habían adoptado casi todas ellas la forma de República, y la mayoría de los gobiernos salientes de las urnas eran bastante nacionalistas. No es de extrañar entonces, que lo primero que hicieron estos gobiernos al alcanzar la independencia, fuera nacionalizar la producción de las materias

primas y utilizar los beneficios para financiar el estado de bienestar y levantar una economía local basada en la protección de la tecnología propia.

Fue muy claro entonces, para las grandes empresas internacionales de aquella época, casi todas ellas de los EEUU, que ni las políticas de los países industrializados a las que pertenecían, ni las políticas de los países que se acababan de independizar, estaba por volver al “laissez faire” de los años veinte. En particular, ya no era posible seguir viviendo como antes de la guerra, a expensas de la comercialización de materias primas locales por las que no se paga nada, ni a expensas de la comercialización de la producción agrícola local cultivada con salarios muy bajos. Por todo ello, la nueva situación política surgida tras la guerra era interpretada de manera interesada por las elites económicas asentadas en los EEUU y en Europa: como una injerencia intolerable en la actividad económica privada a la que se hacía necesario dar una respuesta. Estas elites, y en particular las personas reunidas en Mont Pelerin, interpretaban la defensa de los intereses económicos de la mayoría de los ciudadanos, que era la idea de fondo que guiaba a los gobiernos democráticos de la posguerra, como una injerencia injustificada en la libertad de empresa a la que había que poner remedio.

Si miramos los acontecimientos históricos de la posguerra, no deberían sorprendernos mucho observar la gran cantidad de países que abrazaron la democracia en aquella época, y comprobar que la lista es casi igual de larga que la lista de los países que terminarían el experimento democrático con un violento golpe de estado respaldado por la CIA. Pero entender todo lo que paso en el mundo entre 1945, año en que terminó la guerra, y 1980, año en el que empezó oficialmente la revolución liberal, solo es posible si se entiende lo que pasó aquella primavera del año de 1947, en el cantón suizo de Vaud, a la falda de Mont Pelerin.

Empecemos por entender que la razón, bastante prosaica, por la que se juntó un grupo tan homogéneo de personas de ideología tan conservadora, está básicamente está recogido, en un lenguaje muy entendible, en el libro escrito por Hayek tan solo un par de años antes de la reunión: “Camino a la servidumbre”. La idea central del libro es señalar la amenaza que el socialismo y su atrayente promesa de una sociedad justa, suponía para la libertad individual de las personas. Desde el punto de vista de Hayek, desde mediados del siglo XIX, la ideología socialista había estado detrás de todos los intentos revolucionarios de llevar al poder a la clase trabajadora. Era también la responsable de implantar en Rusia una dictadura comunista y de empujar a la sociedad europea de principios del siglo XX a dos guerras mundiales, por lo que era necesario convencer a la gente de la amenaza real que suponía el socialismo, y su implantación, para libertad individual de las sociedades democráticas.

Según Hayek, para vencer al socialismo y a la utopía socialista, era necesario utilizar la búsqueda de la libertad individual como fin utópico a perseguir por toda la sociedad, en contraposición del paraíso igualitario y justo que prometían los socialistas, en el

entendimiento de que la idea de la libertad individual sería muy bien acogida por los ciudadanos cuando se la enfrentara con la idea de someterse a la voluntad de los dirigentes del grupo, que era con lo que se iba a identificar la dictadura socialista y a la imposición por la fuerza de una sociedad igualitaria y justa. Esa era la idea, resucitar la idea liberal de luchar contra la arbitrariedad del poder establecido, incluso cuando el gobierno es elegido de manera democrática y afirme buscar el bienestar de los ciudadanos.

La idea de resucitar el liberalismo y enfrentarlo, no con la arbitrariedad de una monarquía, sino con la arbitrariedad de cualquier gobierno, sea cual sea la legitimidad en la que se asienta, no era una mala idea, pero ninguna de las personas reunidas en Mont Pelerin era tonta y, Hayek, a pesar de no ser un economista brillante, tampoco lo era. El, y todos los demás, sabían muy bien el papel que juegan los intelectuales en la propagación de ideas más o menos utópicas e inalcanzables que arrastran a la gente con esperanza de conseguir una vida mejor. De hecho, Hayek atribuía gran parte del éxito del socialismo a que la creencia en el paraíso igualitario era compartida por la elite intelectual del momento, y tenían muy claro que sin contar con la elite intelectual y con la influencia que ejerce sobre el resto de la población, no sería posible la revolución liberal y no sería posible vencer a la amenaza socialista.

Por suerte para el grupo, en aquella reunión de Mont Pelerin estaba Karl Popper, un filósofo austriaco profundo conocedor del método científico, de la ciencia y de sus debilidades. Fue Popper quién hizo comprender al grupo, el inmenso poder de manipulación que encierra la creencia común en que la ciencia y método científico son infalibles. De hecho, tal y como les hizo ver Popper, gran parte del éxito de Karl Marx fue presentar El Capital como un tratado científico de economía, en el que se demuestra científicamente cuál es el mecanismo que utiliza el capital para explotar al trabajador: la plusvalía. Karl Popper convenció a todos de que el liberalismo, si quería tener éxito entre la elite intelectual, necesitaba ser presentado al mundo como una teoría económica respaldada por la ciencia y por el Método Científico. En opinión de Popper, solo después de que la ciencia respaldara las bondades del libre el mercado y del laissez faire, sería posible convencer a la elite intelectual para que abrazara la doctrina liberal y persiguiera la búsqueda de la libertad individual, no solo como una utopía deseable por sí misma, sino como necesaria para alcanzar el máximo bienestar social.

Tras unos cuantos días de reuniones, finalmente se funda La Sociedad del Mont Pelerin con el objetivo de llevar a cabo un conjunto de acciones, conocido como “Operación Knight” por el nombre del economista que la termina de perfilar, que se pueden resumir en los siguientes tres puntos:

- 1) Ocupar con economistas afines a la ideología liberal, las plazas docentes dentro de las universidades de economía del mundo libre. Primero en las universidades privadas de los EEUU y luego en las universidades públicas de todo el mundo. El carácter privado de la mayoría de las universidades de los EEUU, iba a facilitar

mucho la operación dentro de los EEUU, pero, para hacer lo mismo en las universidades públicas de todo el mundo, iba requerir afinar un poco más.

- 2) Utilizar las revistas de economía para propagar y respaldar la Teoría Liberal. Primero, publicando en las revistas únicamente artículos que respaldasen la conveniencia de dejar actuar libremente al mercado, al mismo tiempo que se impedía la publicación de artículos que difundieran cualquier otra teoría económica alternativa. Segundo, y no menos importante, impedir a publicación en las revistas de artículos que pusieran en duda la validez de la Teoría Liberal. El hecho de que las revistas de economía son todas instituciones privadas que dependen de las universidades privadas de los EEUU y el hecho de que cualquier artículo tiene que someterse a un oscuro proceso de selección antes de su publicación, iba a facilitar mucho el trabajo de censurar todo lo que se publicara en las revistas de economía.
- 3) Instaurar el Premio Nobel de Economía (que entonces no existía) y controlar el proceso de elección de los premiados, de manera que únicamente se le iba a conceder el premio a los economistas que defienden la Teoría Liberal. La finalidad que se iba a perseguir a partir de entonces, no es otra que la de dotar a la Teoría Liberal de un aparente carácter científico, ya que todo el mundo sabe que el Premio Nobel solo se concede a las personas, como Albert Einstein, que han realizado grandes descubrimientos científicos. El hecho de que inicialmente el Premio Nobel de Economía fuese concedido por un banco central sueco, una institución privada en su origen, y el hecho de que la Fundación Nobel es una fundación de carácter privado (al igual que todas las fundaciones privadas que existen en los EEUU) iba a facilitar mucho la creación de un proceso de elección completamente opaco que garantizase a la Sociedad de Mont Pelerin la elección entre bambalinas de los premiados.

La “Operación Knight” dio comienzo a principios de la década de los 50 del siglo XX, siendo parte de una operación mucho más vasta y ambiciosa conocida como la “Caza de Brujas”, con la que se pretendía expulsar a toda persona sospechosa de tener ideas socialistas de los puestos relevantes de la administración de los EEUU. Aunque en apariencia, la caza de brujas cesó en 1955 con la destitución del senador McCarthy de la presidencia del Comité de Actividades Antiamericanas, lo cierto es que la limpieza ideológica no se detuvo entonces y siguió hasta bien entrada la década de los sesenta.

En pocos años, menos de una década, cualquier persona considerada de mentalidad socialistas había sido expulsada de los puestos de responsabilidad de la sociedad norteamericana, pero, muy en especial, de los puestos docentes de las universidades privadas de economía, en dónde fueron sustituidos por personas con sólidas creencias en la ideología liberal. Personas elegidas por la Asociación de Mont Pelerin pasaron a dirigir las revistas privadas de economía y se sometió a una estricta censura las ideas que, a partir de entonces, se iban a publicar en ellas. Los libros que se utilizaban para enseñar economía

en las universidades privadas, fueron reescritos para ensalzar el libre mercado y la Teoría Liberal (por ejemplo, el libro escrito por Samuelson se convirtió en la biblia del liberalismo, a partir de que recibiera el Premio Nobel). El Premio Nobel de Economía fue instaurado en 1968, sin que nadie se opusiera a ello y sin que nadie preguntara sobre cuál era el proceso de elección de los premiados, tampoco, nadie preguntó quiénes eran las personas encargadas de elegir a los galardonados. Todo un éxito, imposible de creer, tan solo una década antes, por la mayoría de los reunidos en Mont Pelerin.

La “Operación Knight” culminó ya bien entrada la década de los 70, cuando le fue concedido a Friedrich Hayek el Premio Nobel de Economía, demostrando de manera palpable a todos los miembros de la Asociación de Monte Pelerin que las tres fases de la “Operación Knight” se había completado con total éxito y sin ninguna oposición por parte de los economistas de ideología socialista:

- Se controlaba la ideología de los docentes que trabajan dentro de las universidades privadas de los EEUU y se empezaban a controlar también la ideología de los docentes que trabajaban en las universidades públicas del resto del mundo.
- Se controlaba todo lo que se publicaba en las revistas de economía más prestigiosas del mundo, todas ellas privadas y dependientes de las universidades privadas de los EEUU.
- Se controlaba la concesión del Premio Nobel de Economía, que únicamente recibían economistas de ideología liberal, casi todos docentes que trabajaban para alguna de las muchas universidades privadas de los EEUU y, solo de manera marginal, algún que otro economista europeo, también de ideología liberal.

A mediados de la década de los 70, todo estaba preparado para emprender la conquista real de mundo libre. Gracias a la red de economistas liberales que la “Operación Knight” estaba infiltrado en las universidades públicas de todo el mundo, la ciencia de la economía se encontraba ya en un avanzado estado de descomposición, siendo incapaz de dar una respuesta coherente a la crisis económica que había provocado la subida del precio del petróleo en 1973. La confusión creada desde las universidades públicas por los economistas liberales, con la crítica constante e injustificada de cualquier política que limitara el “laissez-faire” de las empresas, hacia aparecer a los gobiernos como culpables de los excesos y de las arbitrariedades que llevan a cabo el sector financiero y empresarial.

Los pocos economistas de ideología socialista que iban quedando carecían de una respuesta conjunta que ofrecerles a sus gobiernos para explicar el origen de las crisis de cambio que estaba asolando las economías de todo el mundo, y, aunque la hubiesen tenido, tampoco hubiese servido de mucho porque en las revistas de economía únicamente se publicaban las explicaciones que ofrecían los economistas que trabajaban para las universidades privadas de los EEUU. Los economistas habían quedado aislados unos de otros, sin posibilidad real de comunicarse y sin posibilidad de crear ningún consenso a través de las revistas de economía,

que ahora estaban dirigidas por personas pertenecientes a los claustros de las universidades privadas de los EEUU. Ya no existía ninguna metodología científica, ni era posible ningún consenso científico, y la ciencia de la economía agonizaba a la vista de todos. Lo que se empezaba a enseñar en las universidades públicas de todo el mundo eran teorías que habían sido fabricadas exprofeso para dismantelar cualquier defensa organizada por parte de los gobiernos locales, en contra de la libre circulación del dinero o en contra de cualquier intento para protegerse de los productos extranjeros con aranceles. Ya no existían respuestas basadas en el conocimiento científico.

Los gobiernos del mundo se habían quedado indefensos frente a los retos que la evolución tecnológica y el creciente poder económico del sector financiero planteaban a los ciudadanos.

(Compárese la situación de la teoría económica en la década de los 70, con la situación después del 2008, cuando tampoco los economistas han sido capaces de dar ninguna respuesta coherente al origen de la crisis que asoló el mundo en el 2008. Únicamente la Reserva Federal parecía saber lo que estaba haciendo cuando evitó que los precios en el Mercado de Capital se hundieran arrastrando con ellos a la economía real de los EEUU. Pero excepto ellos, nadie dentro del mundo de la economía era capaz de hilvanar dos frases seguidas que significaran algo. Pese a ello, los economistas siguen enseñando en las universidades públicas de todo el mundo, las mismas tonterías que enseñaban antes de la crisis, al igual que se sigue concediendo el Premio Nobel a los mismos economistas que afirmaban y siguen afirmando que la crisis del 2008 no podía suceder. Nada parece haber cambiado dentro de la economía).

7. LA TASA DE INTERÉS DEL DÓLAR

Es muy interesante analizar lo que ocurrió a partir de los años 70 de la década del siglo pasado, una vez que se alcanzaron todos los objetivos que se habían propuesto con la Operación Knight los reunidos en Mont Pelerin, porque casualmente coincidió con el abandono de los acuerdos de Bretton Woods y la vuelta al escenario económico de los bancos centrales, si es que alguna vez lo habían abandonado.

A partir de aquellos años, la Asociación Mont Pelerin se radicalizó, convirtiéndose sin ningún pudor en una organización de corte fascista que respaldaba a todas las dictaduras militares que se habían impuesto a los legítimos gobiernos democráticos, y que defendían la reducción del gasto público hasta niveles que ponían en peligro la propia existencia de las naciones. Además, quizás lo más absurdo de todo, insistían en que los EEUU volvieran al patrón oro, cuando era evidente para todos que eso era completamente imposible.

Después de más de dos décadas de auspiciar en nombre de la libertad, golpes militares por todos los rincones del mundo, la Asociación Mont Pelerin quedó marginada de la dirección de la causa liberal, que pasó a manos de las personas que dirigían los claustros de las universidades privadas de los EEUU, de ideas mucho menos fascistas en apariencia, y capaces de dar continuidad al proyecto liberal, atrayendo a su causa a intelectuales de la época, que solo unos pocos años antes se auto calificaban como socialistas.

Durante las siguientes dos décadas, la de los años 70 y 80, fueron las universidades privadas de los EEUU las encargadas de extender por todo el mundo, una inmensa red clientelar autosostenida de economistas fieles a la Teoría Liberal. Gracias sobre todo, al currículum que obtenían con la publicación de artículos en las revistas privadas de economía, su contratación como docentes estaba asegurada, y al finalizar la década de los 80, la mayor parte de los docentes e investigadores que daban clases en cualquier universidad pública de economía del mundo, o eran liberales o eran keynesianos de corte liberal, que habían conseguido su currículum gracias al espaldarazo recibido por las universidades privadas de los EEUU (Ambos tipos de economistas piensan igual, hablan igual y tienen la misma visión liberal de la economía. En lo único que se diferencian unos de otros, es que los primeros culpan al gobierno de inmiscuirse en exceso en la marcha de la economía y de gastar demasiado, mientras que los segundos culpan al gobierno de inmiscuirse demasiado poco en la marcha de la economía y de no gastar lo suficiente. Para ambos, el gobierno siempre es el culpable de todo lo que marche mal en la economía).

Fue entonces cuando empezó la época dorada del liberalismo. A principios de los 80, fueron elegidos presidentes Ronald Reagan y Margaret Thatcher en un clima de exaltado liberalismo amplificado por los medios de comunicación, y respaldado, tanto por las cátedras de economía de todo el mundo como por las ideas de los economistas que habían recibido el Premio Nobel. En esa década, se completó la ocupación de las plazas docentes dentro de las universidades públicas por economistas fieles a la causa liberal. La economía había dejado de existir como disciplina científica y lo que se enseñaba a los estudiantes en cualquier universidad pública del mundo eran las teorías económicas fabricadas expreso por las universidades privadas de los EEUU.

¿Para qué se necesita una teoría económica? Todos sabemos que los economistas que ocupan los puestos de responsabilidad dentro de las instituciones públicas, son los encargados de aconsejar a los gobiernos y de advertirles de las consecuencias que tienen las decisiones que toman, pero para eso necesitan tener una teoría económica de la que puedan fiarse. Sin embargo, cuando las personas que ocupan estos puestos de responsabilidad dentro de la administración públicas, son ascendidos atendiendo únicamente a la ideología que profesan y a su notoria falta de crítica hacia cualquier estúpida ocurrencia que se publique en una prestigiosa revista de economía, entonces serán incapaces de aconsejar nada a nadie y los gobiernos a los que sirven andarán a ciegas en un mundo en el que una crisis económica, por pequeña que esta sea, va a condenar a millones de personas a la miseria.

Esto fue lo que pasó a partir de 1971, cuando se rompieron los acuerdos de Bretton Woods que habían permitido el periodo de crecimiento mundial más prologando de toda la historia moderna, los llamados “treinta años gloriosos”. En aquel momento, justo cuando sus gobiernos más los necesitaban, los economistas no tenían ni idea sobre lo que se tenía que hacer para enfrentarse a un mundo donde una moneda local, el dólar, hacía de moneda de reserva, mientras que cada país funcionaba con su propia moneda. La única teoría existente sobre el tema, había sido construida por el economista canadiense Robert Alexander Mundell, y en ella se daba a entender que es posible mantener fija la tasa de cambio frente a la moneda de reserva, siempre y cuando el país renuncie a llevar una política fiscal y monetaria propia. Con semejante teoría, por la que en 1999 le dieron el Premio Nobel a Mundell y a la que llamaron Teoría del Área Monetaria Óptima, la sucesión de crisis de cambio en el que se iba a sumir el mundo era inevitable, por autoinfligida.

A principios de la década de los 80 apareció la primera crisis de cambio, asolando casi todas las economías de Latinoamérica, algo que nunca antes había sucedido, y dejando muy afectada al resto de la economía mundial, incluidos los EE.UU. Mientras Bretton Woods estuvo vigente, el control de los flujos monetarios había permitido mantener fija la tasa de cambio entre monedas, pero tras la ruptura de los acuerdos los flujos monetarios empezaron a liberalizarse y la tasa de cambio con el dólar se dejó fluctuar sin que los gobiernos pudieran hacer nada para evitarlo. El problema se agravó cuando, para evitar la devaluación de la moneda local, los desequilibrios persistentes en la balanza de pagos se empezaron a saldar con préstamos contraídos con los inversores privados y no con los bancos centrales, tal y como ocurría durante la vigencia de los acuerdos de Bretton Woods. Ahora, los gobiernos no contaban con la colaboración del gobierno de los EEUU para que les prestara los dólares necesarios sin apenas intereses. La nueva y cruda realidad cambiaría se encargó de responder por ella misma a la nueva situación que planteaba el dólar y la liberalización de los flujos monetarios y ya, a principios de los 80, casi todos los gobiernos se vieron obligados a devaluar y dejar flotar la moneda, entrando muchos países en una crisis de cambio a causa de las deudas contraídas con los inversores, casi todas ellas, durante la dura subida del precio del petróleo en la década de 1970.

En concreto, los primeros países en caer en una crisis de cambio fueron las dictaduras latinoamericanas y las consecuencias inmediatas de la devaluación, la llamada “década perdida” latinoamericana, fue destruir definitivamente la incipiente industria local que había estado protegiendo la política de sustituciones de la época de Bretton Woods. A partir de aquella crisis, todo el continente latinoamericano se especializó en la producción de materias primas poco elaboradas que exportaban a los países industrializados, entrando en una espiral de intercambio desigual de la que aún hoy, cuarenta años después, no han podido escapar. Aquello no fue una década perdida, sino medio siglo perdido del que Latinoamérica aún no se ha recuperado.

Eso solo fue el principio, y en 1989, Noruega y Suecia entran también en una crisis de cambio cuando estalla la burbuja inmobiliaria que se había gestado en sus respectivos

países. Fue el año en el que cae el “Telón de Acero” y con él, la URSS, el gran referente que utilizaban las elites económicas occidentales para justificar los golpes de estado en Latinoamérica y en el resto del mundo.

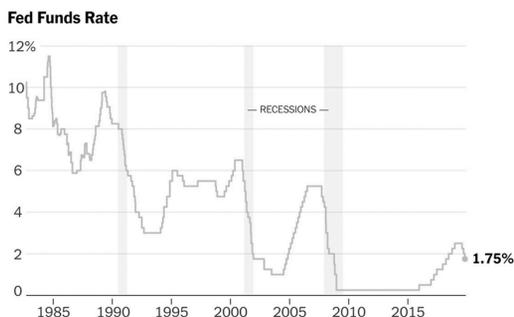
A principios de la década de los 90, concretamente en 1993, todo el sureste asiático entra en una crisis de cambio. Se hunde sin remedio la economía de Indonesia, Corea del Sur y Tailandia, quedando seriamente tocada la economía del resto de los países de Asia y Oceanía. Aunque lo hemos insinuado, pero no lo hemos llegado a decir de manera explícita, el resultado de una crisis de cambio es siempre la especialización de la economía en la producción de materias primas o en la producción de bienes de escaso valor añadido. En el caso de la crisis asiática también se observa esta especialización, a pesar de que Corea del Sur, al ser un país muy industrializado, no muestra el proceso de manera tan evidente. Es también lo que ocurre en Suecia y Noruega, a pesar de que en estos países sea mucho más difícil ver el proceso de especialización en productos de menor valor añadido.

En 1998, al final del siglo XX, Rusia entra también en una crisis de cambio que destruye por completo su economía. Rusia era, en ese momento, un país en rápida reindustrialización que intentaba evitar especializarse en la producción de materias primas, pero al que la crisis de cambio pone de rodillas. En la crisis rusa se observa con mucha más claridad la especialización en productos de bajo valor añadido que sufre un país cuando finalmente consigue recuperarse. Si ya antes de la crisis de cambio, Rusia dependía mucho del comercio de materias primas, después de la crisis de cambio la dependencia es ya crónica. La crisis del Vodka, que fue como se la llamó de manera jocosa en los libros con los que se enseña economía en las universidades privadas de los EEUU, fue especialmente cruel con la población civil y terminó por llevar a Vladimir Putin al poder.

Cuando finalmente llega el nuevo siglo, casi ninguna economía del mundo había quedado al margen de la devastación que produce una crisis de cambio. Excepto en China, en Alemania y en los EEUU, la desolación mundial es total. La miseria acampaba por todo el mundo y solo gracias al éxito económico de los chinos, se consiguen maquillar las cifras que da la ONU sobre el aumento de la pobreza y de la desigualdad en el mundo. Sin embargo, la red de economistas liberales que trabajan para las universidades privadas de los EEUU, llama en sus libros al periodo de tiempo comprendido entre la crisis de cambio de los países latinoamericanos y la crisis de cambio del 2008, con el nombre de “la gran moderación”, seguramente porque los EEUU no estaba utilizando bombas nucleares para conquistar el mundo.

Intentemos comprender que es lo que ha pasado en el mundo durante estos últimos 50 años de gran moderación por parte de la Reserva Federal. Observemos la gráfica adjunta, en dónde se muestra la evolución de la tasa de interés del dólar. Aunque los datos solo se muestran a partir de 1990, se observan muy bien las tres grandes subidas de la tasa de interés del dólar que hace la Reserva Federal durante el periodo. La primera gran subida empieza en 1993 y es la que causa la crisis asiática. También se observa muy bien en la gráfica el repunte

en la tasa de interés de 1998, que es la que causa la crisis de cambio rusa. La segunda gran subida de la tasa de interés, empieza en el 2004 y la detiene la Reserva Federal en el 2008 a causa de la recesión que crea en los EEUU. La tercera gran subida empieza en el 2015 y, otra vez, es detenida por la Reserva Federal a finales del 2018, antes de que la economía de los EEUU entre en recesión (la llegada de la pandemia oculta este hecho).



Si hubiésemos comenzado la gráfica una década antes, en 1980, también habríamos visto la gran subida de la tasa de interés del dólar que la Reserva Federal inicia ese año de 1980, que fue la que provoca la crisis de cambio que asoló todo el continente latinoamericano (en esta ocasión, la tasa de interés subió hasta el 22%, unos 7 puntos por encima de la inflación máxima). También habríamos podido comprobar el repunte de la tasa de interés del dólar en 1987, que viene a coincidir con la crisis que acabó con la economía de los países nórdicos.

¿Por qué la evolución de la tasa de interés del dólar no se ha asociado nunca con las crisis de cambio que han asolado el mundo los últimos 50 años? ¿Acaso, no hay economistas suficientes en el mundo para que alguno de ellos vea la gráfica y establezca, no solo una posible correlación entre ambos fenómenos, sino una clara y autentica causa-efecto? Por supuesto que existen esos economistas, pero sus trabajos no trascienden porque no son publicados en las prestigiosas revistas de economía que dependen de las universidades privadas de los EEUU, y son olvidados sin que nadie llegue a conocerlos. Debemos de entender que cualquier economista que quiera prosperar dentro de cualquier universidad públicas tiene que mirar para otro lado e interesarse en otros temas, justo aquellos otros temas que sí son premiados con su publicación en esas prestigiosas revistas que cuentan luego para el currículum.

Pero observemos que la gráfica en la que se muestra la tasa de interés a la que presta el dinero la Reserva Federal dice algo más.

Concretamente, la gráfica nos dice dos cosas más. La primera, que la subida de la tasa de interés iniciada a finales del 2003 afecta sobre todo a la economía de los EEUU, algo que la Reserva Federal no se esperaba que pudiera ocurrir. Solo gracias a que la Reserva Federal

se ve obligada a bajar rápidamente la tasa de interés y a orquestar un rescate de la economía, sin precedente en la historia de la FED, pudo salvarse la economía europea de las consecuencias devastadoras que tiene la subida persistente de la tasa de interés del dólar. Lo segundo, que la subida de la tasa de interés del dólar iniciada en el 2015 se frustró, una vez más, porque la Reserva Federal tuvo que dar marcha atrás a finales del 2019, antes de que la economía de los EEUU volviera a entrar en recesión, hecho que la Reserva Federal tampoco esperaba que pudiera ocurrir, pero hecho, que, por segunda vez, salvó al mundo de una crisis de cambio de consecuencias impredecibles.

Observemos que la Reserva Federal mantiene la subida de la tasa de interés del dólar hasta que la economía de los EEUU da síntomas de entrar en recesión. Mientras eso no ocurra, la Reserva Federal mantiene el nivel alcanzado por la tasa de interés del dólar, sin importar lo que pueda estar sucediendo en el resto del mundo. Al parecer, para la Reserva Federal una vida rusa no tiene el mismo valor que una vida estadounidense, y la devastación que produce sobre la población una crisis de cambio en un país cualquiera, le importa muy poco a la Reserva Federal mientras ese país no sea EEUU. Observemos que los economistas que trabajan para las universidades privadas no tienen una explicación para lo que está sucediendo, porque oficialmente no está sucediendo nada. En los libros de texto de economía, no aparecen las devastadoras crisis de cambio, y lo único que se cuentan en ellos, es la maravillosa “gran moderación” en la que ha entrado la economía de los EEUU a partir de la década de los 80. Lo que le pase al resto del mundo no parece ser objeto de estudio de la económica.

Sin embargo, si miramos la destrucción que es capaz de dejar tras de sí una crisis de cambio, convendremos todos que la subida persistente de la tasa de interés del dólar tiene más poder de destrucción que cualquier bomba nuclear, y si nos atenemos a las muertes que causan en la población civil, convendríamos todos que los que dirigen la Reserva Federal deberían de ser considerados como criminales de guerra. Una teoría económica es un arma de destrucción masiva cuando el país que la tiene, la usa para destruir la economía de otro país que, además, es incapaz de defenderse porque los economistas que ocupan los puestos de responsabilidad, y que tienen que aconsejar al gobierno, trabajan para el país extranjero que los está destruyendo.

Observemos una vez más la gráfica.

En la gráfica, se ve con mucha claridad que el valor de la tasa de interés, cada vez que la Reserva Federal inicia la subida, es cada vez más bajo. En concreto, el valor es del 3% en 1993, cercano al 1% en el 2003, y tiene un valor casi de cero en el 2015

¿Por qué, ahora, la economía de los EEUU amenaza con entrar en recesión cada vez que se sube la tasa de interés y antes no lo hacía? Evidentemente, porque la Reserva Federal no sabe que las consecuencias de subir la tasa de interés no son las mismas, cuando la tasa

de interés es cercana a cero que cuando la tasa de interés cercana al 3%. Pero, ¿por qué importa el nivel de partida de la tasa de interés? La razón está en esta ecuación:

$$K = \frac{\langle \alpha \rangle \cdot k_F}{i} M$$

Esta es la ecuación más importante de la macroeconomía, pero para entender lo que dice, es necesario leer antes la Teoría de Madrid que exponemos a continuación. Nuestra intención no es contarlo ahora, sino mostrar que los EEUU ha utilizado la red de economistas que ha ido infiltrando en los puestos de responsabilidad de los países del todo el mundo para cegar y dejar indefensos a los gobiernos frente a las consecuencias que tiene el uso del dólar como moneda de reserva. Todos los gobiernos han aceptado como buena, la idea permitir la libre circulación del dinero y el libre comercio, en la creencia de que solo es necesario dejar flotar la tasa de cambio para evitar las crisis de cambio, precisamente porque eso es lo que propagan como cierto los economistas que trabajan para las universidades privadas de los EEUU. Sin embargo, la realidad es la contraria, y ningún país sensato puede dejar circular libremente el dinero, ni puede dejar que la tasa de cambio con el dólar la fije el mercado, porque, en tal caso, queda expuesto a una crisis de cambio cuándo lo decidan los mercados.

El mundo se ha salvado ya dos veces de la destrucción que causa una crisis de cambio porque la Reserva Federal no ha podido subir la tasa de interés del dólar, pero pronto la inflación hará acto de presencia en las principales economías de mundo, incluyendo también la de EEUU. Entonces, será como volver a 1979, cuando Paul Volker dio comienzo al experimento monetarista y subió la tasa de interés del dólar hasta un 7% por encima de la inflación, lo que provocó una corta recesión en los EEUU, pero hundió sin piedad a las economías de Latinoamérica, las más vulnerables en aquel momento, y afectó seriamente al resto de las economías del mundo. Quizás sea el momento de recordar que el cartero siempre llama dos veces, pero nunca llama una tercera vez.

***LA MONEDA DE RESERVA.** No vamos a entrar en detalles de porqué ocurre esto, pero la consecuencia directa que tiene subir la tasa de interés del dinero es disminuir la cantidad de dinero que ha creado el crédito bancario, ya que este se vuelve más caro de mantener. Al costar más mantener los créditos bancarios, estos, en términos agregados, disminuyen, pero al hacerlo también disminuye el dinero bancario que está sosteniendo los intercambios.*

En concreto, cuando la Reserva Federal sube de manera persistente la tasa de interés del dólar, no solo se está empujando la economía de los EEUU a una recesión, sino que también se está empujando al comercio internacional a una recesión a causa de la disminución de la cantidad de dólares. La disminución en la cantidad de dólares obliga a reducir el comercio internacional entre los países, a pesar de que estos deseen seguir comerciando. Se inicia entonces un macabro juego, muy parecido al juego de las sillas, en el que los inversionistas

intentan averiguar cuál será el primer país que no va a poder hacer frente a los intereses de sus deudas en dólares, lo que saben que va a suceder más tarde o más temprano porque, ante el posible default, ellos mismo suben la prima de riesgo que cobran por los préstamos.

Decimos que es un juego macabro porque es inevitable que la escasez de dólares termine por impedir cumplir a algún país los compromisos de la deuda, ya que la alta tasa de interés del dólar realimenta la alta prima de riesgo que exigen los inversionistas por prestar la moneda de reserva. En algún momento de un futuro no muy lejano, los inversores dejan de prestarle dólares a algún país y, este, se verá entonces obligado a devaluar su moneda y a entrar en una espiral de impagos que únicamente termina cuando el Mercado de Capital del país se hunde.

Es necesario entender que cualquier país mantiene un delicado equilibrio entre los dólares que gasta en la compra de productos en el exterior y los dólares que ingresa por la venta en productos en el exterior. La ausencia de dólares en el mercado internacional, cambia este equilibrio y obliga a muchos países a pedir prestados los dólares que ha dejado de ingresar a causa de la contracción del comercio internacional, tal y como le sucedió a Rusia en 1998, ya que son los dólares que obtiene de la venta al exterior lo que le está permitiendo satisfacer los intereses de la deuda contraída en dólares. O de otra manera, cuando sube la tasa de interés del dólar, no solo se está impidiendo el comercio internacional, también se está impidiendo el pago de los compromisos de la deuda en dólares que tienen contraídos los países. Es en esta situación, cuando el país no tiene realmente ningún problema económico serio, pero los ingresos en dólares se han reducido, cuando los inversores (los bancos de inversión) elevan la prima de riesgo que cobran por sus préstamos, convirtiendo en una profecía auto cumplida el incumplimiento crediticio y provocando una crisis de cambio si la situación de falta de dólares persiste el tiempo suficiente.

Es en una situación de carencia de dólares, cuando se aprecia mejor la diferencia entre una empresa de los EEUU y una empresa de cualquier otro país del mundo. Cuando la primera pide un crédito bancario, recibe dólares, mientras que la segunda, no. Para adquirir dólares, una empresa de cualquier país del mundo debe cambiar el dinero local por dólares, lo que solo puede hacer si su gobierno se endeuda en dólares con un Banco de Inversión de los EEUU a una prima de riesgo totalmente arbitraria que fija el propio Banco de Inversión. Esto no es lo que ocurría cuando Bretton Woods estaba vigente, ya que entonces era la Reserva Federal quién facilitaba el crédito bancario a una tasa de interés baja y sin condiciones. El privilegio que tienen los Bancos de Inversión para crear dinero es absurdo, en especial los de EEUU, ya que son ellos los que permiten el comercio internacional, al ser ellos los encargados de dar liquidez necesaria en dólares. Un privilegio, a todas luces, absurdo.

Cuando se firmaron los acuerdos de Bretton Woods al finalizar la 2ª Guerra Mundial, el resto de los países del mundo no fueron capaces de comprender la gran generosidad por parte de los EEUU que supuso el acuerdo. Lo triste es comprobar que después de pasado casi un siglo, los economistas sigan si comprender que es una autentica estupidez utilizar

la moneda de un país particular, el dólar, para llevar a cabo el comercio internacional entre los países, y que es un crimen contra la humanidad subir o bajar la tasa de interés del dólar sin tener en cuenta las consecuencias que tiene para el resto de los países del mundo. Mucho nos tememos que los economistas seguirán mucho tiempo sin comprenderlo, y que nunca veremos a ningún presidente de la Reserva Federal siendo juzgado por crímenes contra la humanidad, a pesar de que sus decisiones hayan causado muchas más muertes que cualquier otro criminal de guerra más convencional.

8. LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

Un día le preguntaron a Albert Einstein qué tipo de armas se emplearían en La Tercera Guerra Mundial, y él les respondió que no lo sabía, pero que estaba seguro que la Cuarta Guerra Mundial se haría con piedras. Para entender la respuesta de Einstein, hay que entender quién era Einstein y cuál era el contexto en que se le estaba formulando la pregunta.

Albert Einstein fue el más prestigioso físico teórico del siglo XX y un pacifista convencido, a pesar de haber firmado una carta conjunta dirigida al presidente Franklin Roosevelt para que los EEUU construyera la bomba atómica. El contexto en el que le formulaban la pregunta era la carrera nuclear que habían iniciado los EEUU y la URSS unos años antes. Lo que Albert Einstein estaba diciendo con su agudo sentido del humor, era que las armas habían alcanzado tal nivel de destrucción que toda la civilización humana quedaría destruida en el caso de que hubiese una Tercera Guerra Mundial.

Pero Albert Einstein se equivocaba.

Tan solo unos pocos años después de la muerte de Einstein, ocurrida en 1955, iba a empezar la Tercera Guerra Mundial sin que nadie se apercibiera de ello. Una guerra en la que se iban a aniquilar la totalidad de las economías del mundo libre, y cuyas consecuencias directas iban a ser la condena a una vida de miseria y hambre a más de la mitad de la población mundial. Todo ello, sin tirar una sola bomba y sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo. Y no, la Cuarta Guerra Mundial no se iba a hacer con piedras, tal y como pensaba Einstein.

¿Para qué se hace una guerra?

Una guerra siempre se ha hecho para lo mismo, para apoderarse de los recursos naturales que posee el enemigo y, a ser posible, ponerlo a trabajar para el vencedor. Esto no es discutible. Esto siempre ha sido así, y siempre será así. Nunca ha habido ninguna otra razón para hacer una guerra, excepto para conseguir los beneficios económicos que se espera

obtener de ella. Por eso, Einstein se equivocaba, porque nunca nadie va a hacer una guerra de la que no va a obtener ningún provecho económico y en la que corre el riesgo de ser aniquilado, tal y como sucedería en el caso de usar armas nucleares. Una guerra nuclear no es un ningún buen negocio para nadie.

Pero, ¿son las armas nucleares las únicas armas que existen y las únicas armas con las que puede hacerse La Tercera Guerra Mundial? No. Existen otras armas mucho más destructivas que las armas nucleares, que permiten apoderarte de los recursos naturales de tu enemigo y ponerlo a trabajar para ti y, todo ello, sin ningún riesgo para quienes usan esas armas. Me estoy refiriendo a la ciencia, el arma más poderosa que haya existido nunca y mucho más destructiva que cualquier otra arma. En concreto, me estoy refiriendo a la ciencia de la economía, disciplina que puede ser utilizada fácilmente como un arma de destrucción masiva porque tiene más capacidad de aniquilación que cualquier arma nuclear y, sin embargo, no poseen ninguno de sus inconvenientes.

Pongamos un ejemplo para que se entienda lo que estamos diciendo.

Imaginemos un país cualquiera, por ejemplo, España. Observemos el bajo precio que obtienen los agricultores de la venta del aceite de oliva. ¿Qué debe de hacer el gobierno para solucionar el problema que enfrentan la producción de olivas, o al menos para paliarlo? ¿Poner aranceles? ¿Subvencionar los cultivos para mantener los trabajos? ¿Eliminar los cultivos y buscar un trabajo alternativo para los agricultores? El gobierno tiene muchas opciones y elegir una entre ellas no tiene por qué ser una tarea fácil, pero cualquiera entiende que tomar una buena decisión hará que España y los españoles progresen, mientras que tomar una mala decisión hará que España y los españoles se empobrezcan.

Gracias al ejemplo, se entiende muy bien lo importante que es para cualquier país disponer de una teoría económica de la que se pueda fiar y de la que pueda echar mano el gobierno para tomar las decisiones que enfrenta con garantías de no equivocarse. Ahora se entiende muy bien que el progreso de los miles de millones de personas que vivimos en el planeta e indirectamente, de los ecosistemas en los que convive y de la vida en el planeta mismo, va depender de tener o no tener una teoría económica que sea científica y de la que te puedas fiar.

Si somos capaces de entender la importancia de contar con una teoría económica, entonces también somos capaces de entender la importancia que tiene que nuestros enemigos no cuenten con ella. En tal situación, nosotros vamos a progresar guiándonos por lo que nos aconseja la teoría económica, mientras que nuestros enemigos van a tomar las decisiones incorrectas que les conducirán hacia el empobrecimiento y finalmente hacia la dependencia económica de nosotros.

En este contexto, por ejemplo, es posible entender por qué la Reserva Federal de los EEUU reaccionó de manera tan rápida en el 2008, cuando creó más de 4 millones de millones de dólares para comprar activos de todas las clases y, sin embargo, el Banco Central de Europa

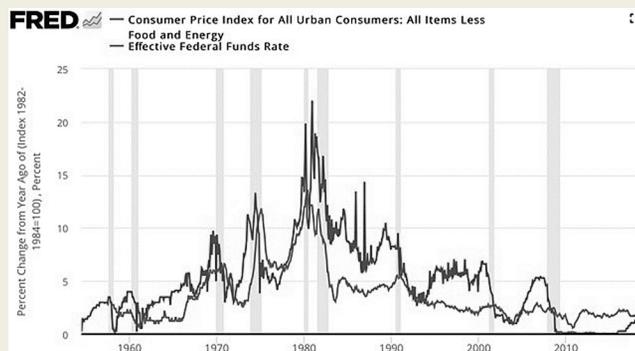
retrasó la misma decisión unos 5 años, con consecuencias muy dañinas para la economía europea. ¿Por qué el gobierno de los EEUU tomó rápidamente la decisión correcta y por qué el gobierno de Europa retrasó 5 años esa misma decisión? Pues, porque el gobierno de los EEUU cuenta con una teoría económica fiable con la que guiarse, mientras que el gobierno de Europa solo cuenta con las tonterías que se leen en los libros de texto universitarios escritos por los economistas que trabajan para las universidades privadas de los EEUU.

¿Por qué el Banco Central de Japón subió la tasa de interés del yen del 2,5% al 6% cuando la bolsa hacía tiempo que se había desplomado y era claro que la economía se encaminaba a una grave recesión? El Banco Central de Japón no bajó la tasa de interés del yen hasta 1995 cuando la economía llevaba al menos un par de años con el encefalograma plano.

Mientras en los EEUU, los puestos de responsabilidad de la administración están ocupados por economistas que saben de economía, en Europa y en el resto del mundo, los puestos de responsabilidad de la administración pública están ocupados por la tupida red de economistas liberales que ha ido infiltrando las universidades privadas de los EEUU durante años. Estos economistas infiltrados, no tienen ninguna capacidad de crítica y desconocen las cosas más elementales sobre una economía monetaria, entre otras cosas, porque han sido seleccionados exprofeso por su desconocimiento en todo lo relacionado con el dinero bancario. ¿Qué hubiese pasado en Europa en el 2013 de no contar con el ejemplo seguido por la Reserva Federal en el 2008? Pues, que el Banco Central de Europa nunca hubiese creado más de 3 millones de millones de euros para comprar activos financieros de todo tipo y evitar así que el Mercado de Capital de Europa terminara de hundirse en el 2013. El Banco Central de Europa hizo esto porque antes se lo vio hacer a la Reserva Federal. Sin la guía de la Reserva Federal, toda la economía de Europa se habría hundido sin remedio en el 2013.

Una Teoría Económica es un arma de destrucción masiva cuando tu país tiene una teoría de la que fiarse y el resto de los países del mundo no la tiene, y ocurre igual que con la bomba nuclear, que cuando un país tiene el arma y el resto de los países no la tiene, es muy probable que la termine utilizando.

LA RESERVA FEDERAL. Quizás los economistas que leen esto creen que lo que se enseña en los libros de economía a los estudiantes tiene algo que ver con la realidad, pero se equivocan. En concreto, en esos libros se afirma que la Reserva Federal sube y baja la tasa de interés del dólar para mantener a raya la inflación, a pesar de que es muy fácil comprobar si eso es cierto.



En la gráfica adjunta se muestra la evolución de la tasa de interés interbancaria y de la tasa de inflación en los EE.UU. En ella queda muy claro que la Reserva Federal no está subiendo o bajando la tasa de interés para controlar la inflación en los EE.UU., ya que desde 1990 ha permanecido por debajo del 5% anual. De hecho, desde 1995 la tasa de inflación no ha superado nunca del 3% anual y no puede justificarse de ninguna manera, a raíz de los datos, que la Reserva Federal subiese la tasa de interés interbancaria por encima del 6% anual, para proteger a los EE.UU. de la amenaza de la inflación, cuando la principal consecuencia de proceder así, fue hundir la economía del sudeste asiático en 1997. Mucho menos aún, es posible justificar el repunte de la tasa de interés que llevó a cabo la Reserva Federal en 1999 y que terminó hundiendo también a la economía de Rusia. En ambos casos, la inflación en los EE.UU. estaba totalmente controlada.

Vemos, que no puede justificarse de ninguna manera la actitud de la Reserva Federal a partir de 1995.

Sin embargo, es fácil ver que el resultado final de la persistente, e injustificada, subida de la tasa de interés a partir de 1995 puede explicarse muy bien por el deseo de la Reserva Federal de hundir el euro antes siquiera de que llegara a crearse. En tal caso, el hundimiento de la economía del sudeste asiático y la posterior caída de Rusia, fue la víctima colateral de una guerra entre dos grandes áreas monetarias, los EE.UU. y Europa, no librada con bombas nucleares, tal y como pensaba Einstein, sino con el inmenso poder destructivo de una teoría económica.

El arma más poderosa que existe, ha sido siempre el conocimiento, y es muy importante que cualquier conocimiento sea compartido por todos y quede al margen de las luchas entre los países, y mucho más, el conocimiento económico.

9. ¿QUÉ HACER?

¿De dónde procede el poder que tienen las universidades privadas de los EEUU sobre todo lo relacionado con la economía? Viene del concurso de méritos al que se tiene que presentar un economista que quiere trabajar para una universidad pública en cualquier parte del mundo.

Es muy evidente que cuando, en un concurso de méritos para acceder a una plaza dentro de una universidad pública, se valora sobre todo la cantidad de artículos que el candidato ha publicado en alguna revista privada de economía de los EEUU, entonces son las personas que dirigen esas revistas privadas las que reparten los “boletos” de acceso al puesto de trabajo que sale a concurso. Es también lo que ocurre cuando en el concurso de méritos se valora el tiempo de trabajo que el candidato ha trabajado en una universidad privada de los EEUU, o en cualquier otra institución privada de los EEUU. En tal caso, es también una institución privada, y perteneciente a un país extranjero, la que está repartiendo los “boletos” para acceder a las plazas docentes que ofertan las universidades públicas, algo, a todas luces, demencial.

El problema se vuelve una enfermedad crónica cuando, después de 50 años, las universidades públicas de economía de todo el mundo han sido completamente infiltradas por economistas que han obtenido sus plazas gracias a publicar en revistas privadas de los EEUU o gracias a trabajar para alguna institución privadas de los EEUU. Es lo que ocurre en la actualidad, cuando más del 90% de los docentes han conseguido su trabajo dentro de las universidades públicas de esa manera. Es fácil comprobar que ya hay creada una mafia clientelar de economistas que se auto reproduce en el tiempo, gracias a que son ellos mismo los que determinan qué méritos concretos se van a tener en cuenta para seleccionar a los nuevos candidatos. Esas mafias clientelares son las que deciden qué revistas concretas de economía se tendrán en cuenta para valorar la idoneidad del solicitante, y qué universidades privadas concretas se tendrán en cuenta para valorar el tiempo de docencia, de manera que el concurso de méritos se convierte en una elección a dedo, ya que publicar en esas revistas o trabajar en esas universidades privadas no depende de ningún concurso de méritos, sino de ser recomendado por alguien que pertenece a la red clientelar.

Es el mismo procedimiento que utilizó la Iglesia Católica durante muchos siglos para mantener el poder terrenal en Europa por encima del poder de los gobiernos: elegir a los sacerdotes que daban misa en las pequeñas parroquias locales. Hoy en día, las universidades privadas de los EEUU son las que imponen la teoría económica con la van a guiarse los gobiernos de todos los países del mundo, y lo consiguen gracias al respaldo que dan a la teoría la extensa red de economistas que trabajan para ellas dentro de las universidades públicas de todo el mundo. Al igual que la Iglesia Católica amenazaba con la excomunión a los reyes que osaban oponerse a lo que dictaba el Clero de Roma, también las universidades privadas de los EEUU amenazan a los gobiernos que osen levantar aranceles o que osen limitar los movimientos de dinero, con sanciones económicas y fugas

del dinero de los inversionistas, una amenaza mucho más real y destructiva que cualquier excomunión de la Iglesia Católica.

Evidentemente, lo primero que hay que hacer para eliminar el poder de decisión que tienen las universidades privadas de los EEUU sobre los asuntos económicos, es expulsar a todos los economistas que han infiltrado en las universidades públicas de todo el mundo, y destruir la red clientelar con la que se autorrenovan. La situación sería semejante, salvando las distancias, a la expulsión de los jesuitas que tuvo lugar en muchos países del mundo, ante la injerencia constante de estos en los asuntos terrenales. Para ello, solo hay que cambiar el concurso de méritos con los que se accede a las plazas docentes dentro de las universidades públicas, no solo para los nuevos candidatos, sino también para los docentes y catedráticos ya asentados que deben su puesto de trabajo a los méritos conseguidos en instituciones privadas de un país extranjero.

En concreto, los cambios que es necesario hacer son:

- 1) Se tiene que construir una red pública de revistas de economía que realicen su función bajo una estricta transparencia y un estricto control por parte de toda la comunidad de economistas. Esto va a eliminar la principal fuente de poder que tienen las universidades privadas de los EEUU, ya que dejarían de decidir quién publica y qué se publica dentro de la economía.
Desde luego, para garantizar la transparencia del proceso de admisión de los artículos a publicar, es necesario que se haga público, junto con la valoración del artículo, el nombre de la persona que lo valora, para que ambos sean conocidos por toda la comunidad de economistas. La ciencia es el resultado de un consenso metodológico basado en la crítica permanente de las ideas, y cualquier crítica, antes de nada, tiene que ser pública.
- 2) Ningún artículo publicado en una revista privada de economía debe de ser considerado un mérito académico para acceder a una plaza dentro de la administración pública y, mucho menos, servir para optar a un puesto de trabajo dentro de una universidad pública. Tampoco, el tiempo de docencia en una universidad privada, o el tiempo de trabajo en una institución privada, debería contar nunca como mérito para optar a una plaza dentro de una universidad pública de economía, más bien lo contrario. Es una barbaridad dejar que sean personas extranjeras que dirigen instituciones privadas en países extranjeros, los que decidan qué personas van a ocupar los puestos de responsabilidad en las instituciones públicas de un país soberano.
- 3) El Premio Nobel tiene que concederlo la comunidad científica en su conjunto. No se puede dejar a un grupo de personas, que nadie sabe quiénes son y que nadie sabe qué intereses protegen, concedan el Premio Nobel de Economía. Esto es una auténtica barbaridad. El método utilizado para conceder el Premio Nobel tiene que ser transparente y semejante al que utilizan en el cine para conceder los Oscar o los Premios Goya. Deben de ser los economistas de todo el mundo los que

seleccionen, por votación abierta y a doble vuelta, a la persona merecedora del Premio Nobel. En economía, al igual que en el cine i en la canción, cada economista tiene que contar un voto.

(Suele pensarse que un artículo es científico porque se publica en una revista científica, indicando así que es la calidad científica de la revista la que avala la calidad científica del artículo, cuando la realidad es la contraria, una revista es científica porque en ella se publican artículos científicos. La función de una revista científica no es, ni puede ser nunca, avalar la calidad científica de los artículos que se publican en ella, esto es absurdo. Si fuera esa la razón por la que existen las revistas, entonces un puñado de personas, los directores que dirigen las revistas, serían los que deciden qué es y qué no es científico al permitir o no, la publicación del artículo en la revista. Esto es lo que sucede en la actualidad, y es la razón por la que las revistas de economía no se diferencian en nada de las publicaciones que dirige cualquier secta religiosa. Es también la razón por la que la economía no se diferencia en nada de una doctrina religiosa.)

***LA ECONOMÍA ES DIFERENTE.** El prestigio de un economista no puede estar supeditado a que una revista privada publique o no publique su trabajo, o a que se le cite con más o con menos frecuencia en otros artículos de otros economistas. Ello es equivalente a darle a los que dirigen dichas revistas el privilegio de seleccionar a los docentes e investigadores que van a trabajar en las universidades públicas de todo el mundo, lo que es absurdo y no debe de permitirse nunca. Tampoco puede permitirse nunca que en el currículo con el que se valorada la idoneidad de un docente o de un investigador que concursa a una plaza pública se incluya el tiempo que ha trabajado para una institución privada que se rige con criterios privados y que lo ha contratado siguiendo criterios privados.*

Comprendemos perfectamente que arbitrar un procedimiento de auto valoración, de manera que sea la propia comunidad científica de economistas los que se valoren a sí mismos, es un aspecto muy delicado que debe de estudiarse con detenimiento, pero la alternativa a no hacerlo así, es odiosa. En el 2020 se le concedió el Premio Nobel de Economía a los estadounidenses Paul R. Milgrom y a Robert B. Wilson, por sus investigaciones en la teoría de las subastas, según reza en la proclamación del premio. Sin embargo, cuando miramos el extenso historial académico de ambos economistas, observamos con espanto que ningún mérito, galardón, o contrato de trabajo, lo obtuvieron nunca enfrentándose con otros economistas en un concurso abierto de méritos. Todo el currículo que ha ido adquiriendo cualquiera de los dos economistas al largo de más de 50 años de profesión, lo ha conseguido siempre “a dedo” y sin concursar nunca con otros candidatos de manera abierta y transparente. Incluso el Premio Nobel de Economía lo han conseguido así, a dedo, y nunca sabremos, ni quiénes se los han concedido, ni qué criterios se han utilizado para elegirlos a ellos y no a otros economistas.

La disciplina de la economía es diferente y hay un incentivo muy elevado para tergiversarla.

Es muy importante entender que la ciencia de la economía no puede prosperar sometida a los dictámenes de un Tribunal de Censura que selecciona en la sombra los trabajos que se publican o no se publican en las revistas más prestigiosas de economía. Es muy importante recordar que 7 de cada 10 economistas que han recibido el Premio Nobel de Economía son de nacionalidad estadounidense. Si contamos el número de economistas que han recibido el premio y que no sean de nacionalidad de los EEUU, de Europa o de Rusia, entonces no encontramos únicamente con el economista indio Amartya Kumar Sen, lo que demuestra que nuestros prejuicios colonialistas de finales del siglo XIX siguen sin cambios. Es una auténtica vergüenza.

Es muy importante no seguir permitiendo que los economistas que trabajan en las universidades públicas y en las instituciones públicas de todos los países del mundo, deban sus puestos de trabajo a las universidades privadas de los EEUU, porque son esos economistas los que deben aconsejar a sus gobiernos cuando tengan que tomar decisiones económicas difíciles.

10. LA TEORÍA DE MADRID

La Teoría de Madrid es una teoría keynesiana que sigue los pasos de Keynes y justifica todo el entorno teórico que él crea cuando escribe la “Teoría general del empleo, el interés y el dinero”.

En la Teoría de Madrid, la noción de demanda agregada, tan importante en la obra de Keynes, es sustituida por el ingreso disponible, un concepto análogo a aquél, pero bien definido desde el punto de vista científico, que, además, cuenta con un sólido sustento matemático. Para ello, en la Teoría de Madrid se corrige la definición que hace Keynes del ahorro, que él introduce utilizando la equivocada definición clásica, y se deducen las consecuencias más importantes de la nueva definición en la forma de un par de ecuaciones de gran trascendencia que tiene que cumplir cualquier economía monetaria.

La Teoría de Madrid toca casi todos los aspectos de la economía y es muy extensa para resumirla aquí con pocas palabras. Siguiendo las ideas del economista italiano Piero Sraffa, desarrolla una teoría sobre la determinación de los precios en el mercado de consumo, que se completa en capítulos posteriores con una teoría sobre la determinación de los precios en el Mercado de Capital. En la teoría se define correctamente lo que es el capital y se asocia con los bienes que producen rentas, a los que se nombra como bienes de capital. Esta distinción entre bienes de consumo y bienes de capital es, quizás, la observación más importante que se hace la Teoría de Madrid porque, aunque pueda parecer algo intrascendente, es lo que termina por dar un carácter totalmente diferente a

una economía monetaria de cualquier otro sistema utilizado para organizar la producción y distribución de bienes.

No es nuestra intención resumir ahora la Teoría de Madrid, sino señalar que se trata de una teoría que confirma todas las ideas que Keynes vierte en su libro de 1936, y las desarrolla hasta superarlas y dejarlas atrás. Por ejemplo, se define de una manera muy rigurosa la idea de incertidumbre que introduce Keynes manera muy vaga para explicar las fluctuaciones de la inversión y el origen de las recesiones. En la Teoría de Madrid, la incertidumbre se introduce como postulado al enunciar la Primera Ley del Capital, lo que le da un sustento matemático que permite, tanto su cálculo preciso como la comprobación experimental de su valor. En la Teoría de Madrid, la idea de incertidumbre de Keynes se lleva hasta el final y se utiliza para enunciar una segunda y una tercera ley con las que se completan las Tres Leyes del Capital que van a servir para caracterizar el Mercado de Capital y con él, el capitalismo.

Sin embargo, a pesar de todo lo dicho, en la exposición de la Teoría de Madrid se hacen muy pocas referencias a Keynes. Eso es porque pensamos que su trabajo ha sido totalmente desvirtuado por los economistas que trabajan para las universidades privadas de los EEUU y no deseamos lidiar con las ideas preconcebidas que tienen en mente los economistas, sobre lo que dijo o no dijo Keynes. Hemos decidido que, exponiendo las ideas sin llegar a comentar que son ideas tomadas de la “Teoría general del empleo, el interés y el dinero”, no entraríamos en conflicto con la opinión que cada cual tenga sobre el pensamiento de Keynes.

Para terminar, solo decir que la Teoría de Madrid se ha construido con la intención de sacar a los economistas del letargo en el que se encuentran y recordarles que su trabajo es aconsejar y proteger a los ciudadanos del país en el que viven. Es a ellos a los que le deben sus salarios y es ellos a los que deberían de servir. Si tuviéramos que decirle algo a estos economistas adormecidos sería, en muy pocas palabras: “Intenten comprender lo que dice esta ecuación”.

$$K = \frac{\langle \alpha \rangle \cdot k_F}{\bar{\kappa} \cdot i} M$$

En ella se esconde el secreto mejor guardado del mundo. Por el contrario, a los economistas que trabajan en las universidades públicas y que deben sus puestos de trabajo a las universidades privadas de los EEUU y al amaño en los concursos de méritos, decirles que se busquen un trabajo en alguna de esas universidades privadas de los EEUU, porque vamos a echarlos de nuestras universidades públicas sin ninguna contemplación y sin ningún miramiento.

11. EL PRIMER TEOREMA DEL MALESTAR

Una empresa es una organización de medios económicos y humanos constituida con el fin de obtener unos beneficios económicos, por tanto, el término “beneficio económico” forma parte esencial de la definición de empresa y se hace necesario definirlo si queremos saber lo que queremos nombrar con la palabra empresa. Por lo pronto, una organización que no busque fundamentalmente ese beneficio económico puede ser muchas cosas, pero no es una empresa. Es más, la característica esencial de una empresa es que busca siempre el máximo beneficio económico, y difícilmente podremos saber cuál es el máximo beneficio que puede obtener cada una de las empresas que compiten dentro de un mercado, mientras no lo definamos.

El Diccionario de la RAE define beneficio como “ganancia económica que se obtiene de un negocio, inversión u otra actividad mercantil”, por lo que afirmar que la empresa busca el máximo beneficio económico es lo mismo que afirmar que la empresa busca conseguir la máxima ganancia económica, lo que no es una tautología dado que la ganancia económica es un término que está muy bien definido desde muy antiguo, y hace referencia al dinero que se obtiene de un negocio.

Nuestra insistencia en este punto no es ociosa, porque ahora que sabemos qué es el beneficio de las empresas, podemos comprobar si la afirmación que hizo el escocés Adams Smith en un libro escrito en 1776, “La riqueza de las naciones”, es o no cierta, a pesar de que aún no sabemos qué es la máxima ganancia que puede obtener una sociedad:

“El esfuerzo natural de todo individuo para mejorar su propia condición, cuando se ejercita con libertad y seguridad, es un principio tan poderoso que, por sí solo y sin ayuda alguna, no es únicamente capaz de conducir a la sociedad a la riqueza y a la prosperidad, sino a superar el centenar de obstrucciones impertinentes con que la locura de las leyes humanas obstaculiza, con demasiada frecuencia, su funcionamiento.”

Adams Smith, (La riqueza de las Naciones)

Esta afirmación es la esencia de la doctrina económica liberal y es la base que sustenta la idea que las consideraciones políticas generales deben de quedar supeditadas a las consideraciones económicas privadas, ya que afirma que dejando que cada cual persiga su máximo interés personal, la sociedad conseguirá alcanzar también el máximo beneficio general, lo que no es claro que sea cierto. Observemos que podemos asociar el máximo beneficio que persiguen las empresas con la mejora de nuestra propia condición de la que habla Smith en el párrafo, pero no está nada claro a que podemos asociar la riqueza y prosperidad de la sociedad, para poder comprobar que ambos fines pueden conseguirse al mismo tiempo, tal y como afirma Smith.

Podemos convenir, y esto es desde luego es una convención, que, dado que la empresa obtiene su beneficio de vender los bienes y servicios que produce, podemos identificar la riqueza y la prosperidad de la sociedad con la producción de los diferentes bienes al menos costo posible, entendiendo que cuando alguna empresas produce un bien a un coste superior al coste mínimo al que es posible producirlo, entonces podemos convenir que la sociedad no ha alcanzado la máxima riqueza y la máxima prosperidad que le es posible alcanzar. En realidad, cuando se piensa un poco en ello, es lógico concluir que una economía en la que se produzcan las mercancías o servicios al menor costo posible, es una sociedad que produce con el mínimo esfuerzo social posible, por lo que nuestra convención resulta un criterio muy aceptable para determinar cuándo una sociedad produce con la máxima ganancia posible, entendiendo siempre que no existe desempleo no deseado y que no existe sub empleo de recursos disponibles no deseado.

Por lo tanto, para demostrar que la afirmación o la conjetura de Smith es cierta, habrá que demostrar que cuando las empresas obtienen el máximo beneficio económico posible, también se consigue producir las mercancías al menos costo posible, porque únicamente de esta forma se habrá conseguido demostrar que la búsqueda del máximo interés particular, encuentra también el máximo interés general.

Desde que Adams Smith escribió aquello, hace ya más de 250 años, todos los economistas a sueldo de la clase social más rica, buscan desesperadamente demostrar que, efectivamente, en una economía de libre mercado, la obtención del máximo beneficio económico posible por parte de cada una de las empresas que se dedican a la producción, lleva también a la obtención del máximo beneficio social posible. Tal demostración es el "Santo Grial" de la economía liberal y la clase social más rica ha hecho tremendos esfuerzos y ha dedicado inmensas cantidades de dinero para encontrar la demostración. De hecho, lo primero que le enseñan a un estudiante universitario de economía es que, en un mercado de competencia perfecta, la obtención del máximo beneficio por parte de las empresas, conduce a la obtención del máximo beneficio social, lo que es manifiestamente falso, tal y como vamos a demostrar a continuación.

Empecemos por aclarar cuál es el criterio que se utiliza para saber cuándo una empresa obtiene el máximo beneficio posible. Sabemos que cualquier empresa tienen que cumplir una ecuación contable que iguala el beneficio económico, a la diferencia entre los ingresos procedentes de las ventas y los gastos que origina la producción, y que depende del precio y de la cantidad de mercancías que produce:

Beneficios= Ingresos - Costes

$$B(p, q) = I(p, q) - C(p, q)$$

En general, para obtener el máximo beneficio económico posible, el empresario tiene que maximizar la diferencia entre los ingresos y los gastos de la empresa, sujeto a la condición

de que el precio al que se venden la producción está dado por la función de demanda, $D(q)$. Es decir, que debemos resolver el problema de maximizar una función de dos variables, los beneficios, ligada a la condición de que el precio viene dado por la función de demanda:

$$B(p, q) = I(p, q) - C(p, q) \quad \text{maximizar}$$

$$p - D(q) = 0 \quad \text{restricción}$$

En general, se suele aceptar que el costo de producción no depende del precio al que se vende lo producido, y se suele aceptar también que el ingreso de la empresa es igual al producto de la cantidad producida por el precio al que se vende la producción, cuando la empresa produce una única mercancía. Ambas suposiciones llevan a simplificar mucho el problema de encontrar un precio y una cantidad de producción para el que el beneficio sea máximo. En concreto, cuando expresamos la ecuación contable en función de las variables unitarias, es decir, cuando expresamos el beneficio, el ingreso y el coste de la empresa, con el beneficio unitario, el ingreso unitario y el costo unitario de cada mercancía, tenemos:

$$B(p, q) = q \cdot \bar{B}(p, q) \quad , , \quad I(p, q) = q \cdot \bar{I}(q) = q \cdot p(q) \quad , , \quad C(p, q) = q \cdot \bar{C}(q)$$

En dónde las variables con barra son el beneficio, el ingreso, y el coste por unidad de producción. Ahora el problema de maximizar los beneficios, sujeto a que el precio sigue la curva de demanda, se simplifica mucho:

$$B(p, q) = q \cdot \bar{B}(p, q) = q \cdot p(q) - q \cdot \bar{C}(q) \quad \text{maximizar}$$

$$p - D(q) = 0 \quad \text{restricción}$$

Después de algunas operaciones se obtiene la condición que aparece en todos los libros de economía del mundo:

$$\frac{\partial}{\partial q} [q \cdot p(q)] = \frac{\partial}{\partial q} [q \cdot \bar{C}(q)]$$

$$\text{siendo} \begin{cases} \frac{\partial}{\partial q} [q \cdot p(q)] \equiv \text{ingreso marginal} \\ \frac{\partial}{\partial q} [q \cdot \bar{C}(q)] \equiv \text{costo marginal} \end{cases}$$

Vemos que la condición para que la empresa produzca con el máximo beneficio posible se alcanza cuando el costo marginal es igual al ingreso marginal, que es lo que queríamos demostrar:

$$\text{Ingreso marginal} = \text{coste marginal}$$

Sin embargo, la condición para que la economía produzca con el máximo beneficio social posible, que nosotros hemos identificado con conseguir que cada producto se fabrique al menor costo posible, es diferente a la condición anterior y se calcula derivando el costo unitario e igualando a cero el resultado:

$$\frac{\partial}{\partial q} \bar{C}(q) = 0$$

Esta condición es diferente de la primera condición, por lo que se puede afirmar que la búsqueda del beneficio individual no coincide en general con la búsqueda del beneficio social. Este resultado sobre la imposibilidad de que una empresa produzca con el máximo beneficio social posible, es general, y es válido independiente de que haya o no competencia perfecta, lo que nos permite formular el Primer Teorema del Malestar.

PRIMER TEOREMA DEL MALESTAR. *En una economía monetaria en la que muchas empresas fabrican un mismo producto de manera independiente, la obtención del máximo beneficio empresarial no coincide nunca con la obtención del máximo beneficio social.*

Demostración. *La demostración es sencilla, ya que la condición para que una empresa produzca con el máximo beneficio económico posible, es:*

$$\text{Ingreso marginal} = \text{coste marginal}$$

Mientras que la condición para que la economía produzca con el máximo beneficio social posible, es que la variación del costo unitario de producir las mercancías $\bar{C}(q)$ sea nulo, es decir:

$$\frac{\partial}{\partial q} \bar{C}(q) = 0$$

Condiciones que son diferentes y no se pueden hacer coincidir, en general.

Este resultado destruye el utópico sueño de Adam Smith, y nos dice que no es posible obtener el interés general persiguiendo únicamente el interés personal, pero no nos dice en cuánto se aleja la economía de la situación de máximo beneficio social cuando las empresas producen con el máximo beneficio posible.

1984. Es curioso, pero en la novela "1984", su autor, George Orwell, predice para ese año, una sociedad incapaz de percibir la distopía de la realidad que le rodea. Escrita en 1949, la novela narra el cambio que sufre el comportamiento de un ciudadano que trabaja en el Ministerio de la Verdad, cuando empieza a descubrir que la finalidad que tiene su trabajo es alterar por completo la percepción que tienen los ciudadanos de la realidad. Orwell nos habla para el año 1984, de una sociedad envuelta en una realidad distópica que ha sido creada expresamente por el Ministerio de la Verdad con la intención de hacer creer a los ciudadanos que el partido hace todo lo que hace para proteger a los ciudadanos de las amenazas interiores y exteriores.

Decimos que es curioso, porque fue justo en esa época, al comenzar la década de los 80, cuando Ronald Reagan y Margaret Thatcher fueron elegidos presidentes de sus respectivos países por unos ciudadanos deseosos de eliminar cualquier injerencia del gobierno en la economía, olvidándose por completo que el gobierno al que impedían intervenir, es el gobierno que ellos mismos eligen con su voto y, por lo tanto, es el gobierno que quisieran ver intervenir en la economía del país.

Es curioso, porque la absurda creencia de los ciudadanos, en que el gobierno que ellos mismos eligen en las urnas "les roba" con los impuestos, solo puede haber sido adquirida después de un intenso adoctrinamiento dirigido desde un Ministerio de la Verdad semejante al que aparece en la novela de Orwell. Un Ministerio de la Verdad al que pertenecen los economistas que dan clase en las universidades públicas de todo el mundo, tanto aquellos que tienen ideología liberal como aquellos que tienen ideología keynesiana, y que propagan la idea liberal de que cuanto menos intervenga el gobierno, mejor para todos.

Pensemos en el economista Paul Krugman. ¿Acaso alguien galardonado con el Premio Nobel de Economía y que lleva más de cuarenta años de docencia universitaria en el área de la macroeconomía, puede ignorar que el beneficio empresarial es algo muy distinto de los gastos empresariales y ambas variables no pueden identificarse nunca? Sin embargo, en el libro universitario que escribe Krugman desde hace bastantes años, y con el que aprenden economía millones de estudiantes universitarios de todo el mundo, se identifica el "beneficio" de una empresa, con un "costo" de esa misma empresa, de manera que, dependiendo de en qué página del libro te encuentres, el "beneficio" es considerado un "beneficio" o es considerado un "costo" (concretamente, el llamado costos de oportunidad).

Por ejemplo, el razonamiento que hemos hecho para demostrar el Primer Teorema del Malestar puede rehacerse incluyendo el "beneficio" de la empresa en los costes de producción de la empresa, y, de esta manera, conseguir que la empresa obtenga beneficios, el llamado coste de oportunidad, y al mismo tiempo produzca sin obtener ningún beneficio, siendo esta última condición la que permite afirmar que la economía está produciendo con el máximo beneficio social posible. Ver para creer. De hecho, es lo que hace Krugman en su libro. Es decir, para demostrar que en un mercado de competencia perfecta se produce con el máximo beneficio social posible, Krugman acepta que las empresas producen maximizando el

beneficio empresarial, pero al final de la demostración Krugman considera que el beneficio que obtiene la empresa, no es un beneficio, sino que es un coste empresarial, y la empresa está produciendo sin beneficios, a pesar de que tenga beneficios, obviamente.

Seguramente, ustedes, no han leído la novela "1984", y no hayan llegado ver que la narración termina con la expresión matemática, "dos más dos, igual a interrogación":

$$2 + 2 = ?$$

Lo que George Orwell quiso expresar con la ecuación, no era que "2+2" puede ser 5, unas veces, y puede ser 3, otras, según lo que decida en cada momento el Ministerio de la Verdad. No. La idea de Orwell va mucho más lejos, y entronca con lo que él llama el "doblepensar". Según el doblepensar, cuando, al final del libro, Winston Smith escribe la expresión "2+2" en una mesa, lo que nos está diciendo con la interrogación al otro lado del símbolo igual, es que el resultado de la suma, no es un número concreto que puede cambiar según lo que afirme el Ministerio de la Verdad, sino que es al mismo tiempo todos los números posibles. Lo que expresa el símbolo de interrogación, son todos los números a la vez porque no hay una realidad objetiva sobre la que pensar, sea esta, equivocada o no.

Compárese el doblepensar de Winston Smith, con el doblepensar de Paul Krugman cuando identifica el "beneficio" de una empresa con un beneficio y costo, al mismo tiempo. Para Krugman, la realidad económica es dual y tampoco está definida, porque "beneficio" y "costo" tienen la misma naturaleza o tienen distinta naturaleza, según la hoja de su libro que estamos leyendo. Con su libro de economía, Krugman ejercita a los alumnos en el doblepensar cuando demuestra que en competencia perfecta el interés particular coincide con el interés general, expresando lo mismo que expresa Winston Smith al final del libro:

$$2 + 2 = ?$$

Evidentemente, la identificación del beneficio y del costo en la ecuación contable que cumple cualquier empresa, que Krugman acepta sin pestañear en su libro, solo puede haber sido decidida por un poderoso Ministerio de la Verdad, que en la actualidad está formado por la extensa red de universidades privadas sin ánimo de lucro que existen en los EEUU, y que son quienes dirigen a los economistas que trabajan en las universidades públicas del todo el mundo. Son ellos los que deciden lo que es verdad o no es verdad en la disciplina económica, ya que son ellos los que deciden que se publica en las revistas privadas de economía y cuáles serán las ideas que se premiarán con el Premio Nobel de Economía.

En lo único que parece que sí se equivocó Orwell, fue en pensar que sería un gobierno el que iba a instaurar el Ministerio de la Verdad después de alcanzar el poder, y no, como ha ocurrido realmente, que sería la iniciativa privada, siempre tan ingeniosa y siempre con tan buena financiación, quién lo hiciera.